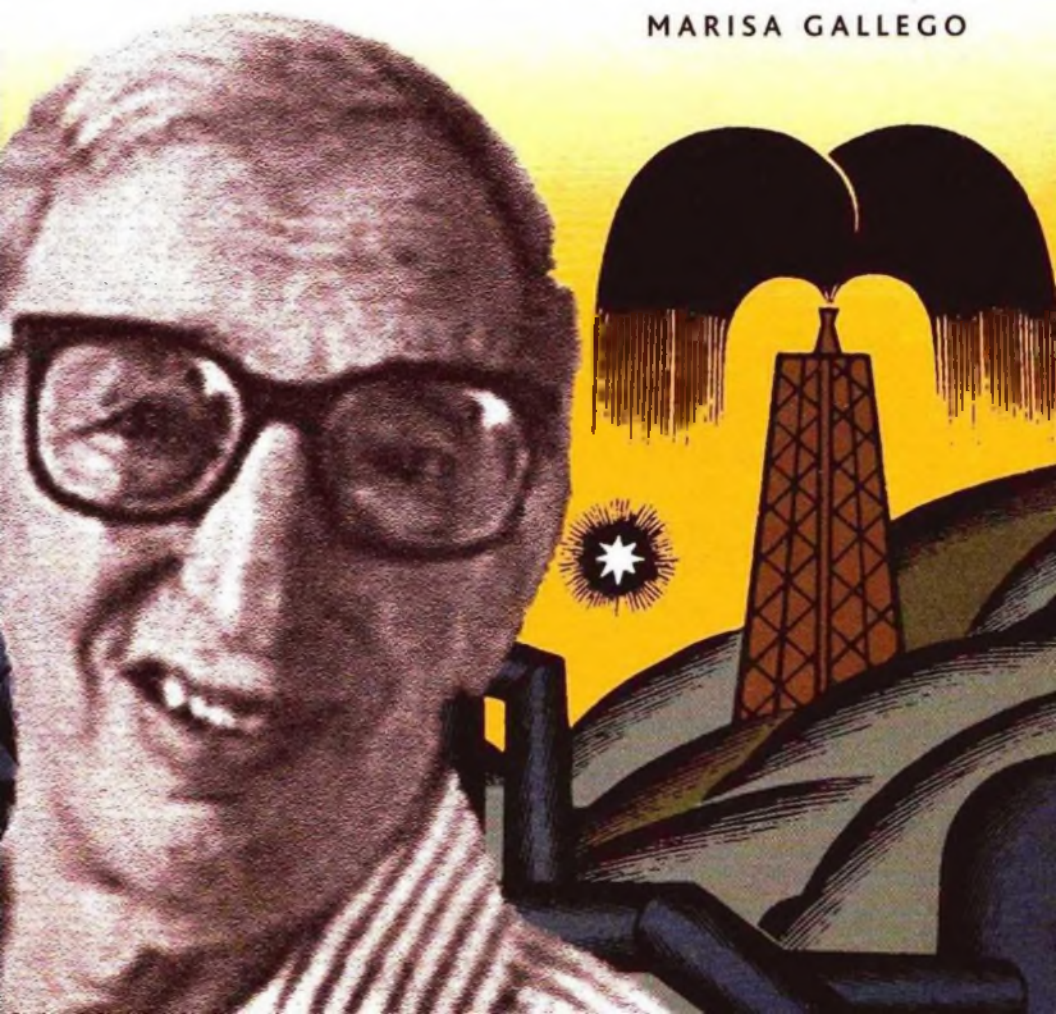




I N T E L E C T U A L E S

Eric Hobsbawm y la historia crítica del siglo xx

MARISA GALLEG0



«Mi impresión es que, cuando los historiadores de dentro de cincuenta años analicen nuestra época, dirán probablemente que la última parte del "siglo xx corto" terminó con dos acontecimientos: el colapso de la Unión Soviética, pero también la bancarrota de la política del fundamentalismo del mercado libre.»

Eric Hobsbawm

I N T E L E C T U A L E S

Eric Hobsbawm y la historia crítica del siglo XX

MARISA GALLEGO

campo de ideas

ERIC HOBBSBAWM Y LA HISTORIA CRÍTICA DEL SIGLO XX

© Campo de Ideas, SL, Madrid, 2005.

Directores de la serie Intelectuales:

J.C. Kreimer, M.J. Stuart

intelectuales@ciudad.com.ar

Investigación y texto: Marisa Gallego

Corrección: Taller de Producción, Madrid.

Diseño gráfico: txt ediciones

Campo de Ideas SL,

Calle Alquimia, 6

28933 Móstoles (Madrid) España

E-mail: editorial @alfaomega.es

Primera edición: marzo 2005

I.S.B.N.: 84-96089-22-3

Hecho el depósito que marca la Ley 11.723

Impreso en la Argentina por La Cuadrícula

printed in Argentina

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (artículos 270 y siguientes del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos (www.cedro.org) vela por el respeto de los citados derechos.

Índice

5 Introducción

Eric Hobsbawm: una historia crítica del siglo xx

• Una voz crítica • La otra historia del siglo xx • Un ángulo personal • Académico y radical.

11 Primera parte

Una aproximación biográfica: Eric Hobsbawm como historiador e intérprete de su propio siglo

• Infancia en el centro de Europa • Berlín y las sombras del nazismo • La cultura en tiempos de Weimar • Un judío en el Tercer Reich • Cambridge «rojo» • Actividad estudiantil • El corazón de la Academia • Historiador e intérprete de su tiempo • Todos contra Hitler • El clima de la guerra fría • Mayo de 1968 • Solidaridad con Vietnam y Cuba

23 Segunda parte

La historiografía británica y francesa

• Los Annales • Positivismo • La transición • Historia social • Su propia revista • Antonio Gramsci también habla inglés • Marx y los historiadores • Caricatura deformada del marxismo • La crisis de 1956 • Estalinismo • Discusiones encendidas • La fidelidad • La Nueva Izquierda de los años sesenta • Esperanza contra mediocridad • Renovación • La *New Left Review* • Una historiografía marxista en el corazón del imperio • Las polémicas de Hobsbawm • El viejo y los jóvenes • Disparen contra Louis Althusser • Polémica con Edward P. Thompson • Los ecos de la Marsellesa y la posmodernidad • El bicentenario de la Revolución Francesa • La derecha y el revisionismo • La historiografía académica en Francia • Historia y posmodernidad • Historia de las clases subalternas • Historia social • El bandolerismo social

53 Tercera parte

Las eras de Hobsbawm

• Pensar la contemporaneidad • La era de la revolución • La era del capital • La era del imperio • La era de la «doble revolución» • La política y la industria • El ascenso del capitalismo industrial • Cataclismos y rupturas • Sociología y materialismo histórico • Industrialización y miseria popular • El «progreso» y sus víctimas • Los destructores de máquinas • Abajo el rey, todos somos iguales • La Revolución y sus herederos • Jacobinismo y vanguardia • La primavera de la lucha de clases • El invierno de la dominación burguesa • El «drama del progreso» • El «progreso» de los vencedores • Arriba los pobres del mundo • Tradiciones inventadas • La era del imperio • Depresión y monopolios • Todos juntos por el botín • Trabajadores del mundo • Partido proletario y democracia para todos • Adiós al liberalismo • Imperialismo, fase superior del capitalismo • Zapata vive, la lucha sigue • Hobsbawm y su tesis sobre el siglo xx • Norteamericano, extraordinario y terrible • La Revolución socialista • Un espectro recorre el mundo • Maccarthismo y control de la disidencia • El cielo por asalto y sus repercusiones • La era de los fascismos • La respuesta capitalista • ¿Revolución fascista? • Pequeñoburgueses asustados • Una historia partisana • La Resistencia • ¡Viva la República! • Apunten contra los nazis • La guerra fría • Armamentismo y hegemonía estadounidense • Guerra contra el estado del bienestar • Tres oleadas revolucionarias • La primera esperanza • La descolonización • La tercera ola de revoluciones • El «socialismo real» del «corto siglo xx» • Balance crítico de la Unión Soviética • Después de la muerte de Lenin • El Tercer Mundo • Más allá de Occidente • América Latina desde adentro • De la derrota del Mayo francés de 1968 a la era Thatcher • El Mayo francés • El fin del predominio de Keynes • Hobsbawm frente a la Dama de Hierro • La guerra de las Malvinas • La «nueva era» Blair • La caída del socialismo • El derrumbe • El estancamiento • La posguerra fría • ¿El retorno de la barbarie? • El nacionalismo en el anochecer del siglo xx • El separatismo en Europa del Este • El Estado de Israel • Pesimista y escéptico • El sombrío futuro europeo • A modo de conclusión • Compromiso y toma de partido

115 Glosario

123 Bibliografía de Hobsbawm

125 Eric Hobsbawm en Internet

I N T R O D U C C I Ó N

**Eric Hobsbawm:
una historia crítica
del siglo xx**

Una voz crítica. Eric Hobsbawm, actualmente, es uno de los historiadores más leídos, de mayor prestigio y gran reconocimiento a nivel internacional, y representa, sin duda, una de las principales voces críticas de nuestro tiempo. Su lucidez contrasta con la mansedumbre de otros intelectuales y pensadores, tanto de finales del siglo XX como principios del XXI. El historiador británico no renuncia a la perspectiva totalizante, y es fiel a una concepción de la historia que se propone comprender el presente por el pasado.

Representante de la tradición de historiadores radicales que introdujeron importantes innovaciones en la disciplina histórica, Hobsbawm inició sus estudios sobre los resultados catastróficos que la gran industrialización británica y el avance del capitalismo significaron para las clases subalternas; es decir, *orientó sus investigaciones tanto hacia el campo de la historia social como de la protesta social*. Desde su primera obra, *Rebeldes primitivos* (1959), nunca abandonó este interés por la otra historia del capitalismo, su cara oculta: la de los humillados, la clase obrera y los rebeldes.

Hobsbawm forma parte de la corriente historiográfica marxista, que nace en el Reino Unido en la década de los años

cuarenta, junto con Christopher Hill, Leslie Morton, Robert Browning, Edward P. Thompson y Maurice Dobb. Como historiador, comienza publicando breves artículos, en la *Economic History Review*, sobre las condiciones de la clase obrera británica, los oficios y los sindicatos.

La otra historia del siglo xx. Su *Historia del siglo XX* (1994), un ágil y ameno relato del mundo contemporáneo, tuvo una recepción sin límites en el público masivo. Aunque gozaba de un prestigio académico de larga trayectoria, esta obra lo consagró en todo el mundo como historiador fundamental y cronista de su propio tiempo. Cuando la publicó, el historiador tenía setenta y siete años.

Desde una perspectiva crítica, Hobsbawm glosa sus reflexiones a modo de balance político del «siglo corto», como lo califica, ya que comienza a principios de 1914, con el estallido de la Primera Guerra Mundial, y termina con el derrumbe del socialismo soviético en 1991. Recorre la historia con una gran fuerza imaginativa y, a su vez, una mirada pesimista y desconfiada respecto al nuevo orden mundial (la globalización) que emerge de aquel derrumbe.

Hobsbawm reúne, en una poderosa síntesis, numerosas investigaciones y aportes de la historia económica y social. No se propone profundizar la investigación de primera mano, sino aportar más bien una reflexión original, planteando varias hipótesis que iluminan deliberadamente los aspectos elegidos por el historiador.

Un ángulo personal. El relato no descarta sus impresiones y anécdotas personales, y privilegia áreas de la experiencia social ausentes en otras crónicas del siglo XX: la resistencia europea al nazismo, la historia del desarrollo del socialismo, la Internacional Comunista (y sus virajes políticos subordinados a Moscú), los movimientos campesinos de América Latina, las mareas de la revolución mundial y la historia de Europa del Este más que la de Europa Occidental.

Hobsbawm se presenta como un observador partícipe que intenta comprender «su» siglo y expresar un punto de vista nunca desprovisto de pasión. Es un historiador que privilegia fundamentalmente las rupturas, las revoluciones y los cambios sociales.

Académico y radical. Profesor en la Universidad de Cambridge, impulsor de la revista marxista *Past and Present* (fue uno de sus fundadores, en 1952, en pleno clima ideológico de la guerra fría) y miembro del grupo de historiadores del Partido Comunista británico, Eric Hobsbawm siempre ejerció el oficio de historiador comprometido. Se situó a sí mismo como parte de esta contracorriente y esta tradición radical.

Hobsbawm pagó un alto precio por su compromiso. La Segunda Guerra Mundial retrasó el comienzo de su carrera académica, así como la guerra fría le bloqueó la oferta de contratos editoriales... En ese clima cultural para nada propicio, Hobsbawm desarrolló su vida académica como profesor de historia social y económica en el Birkbeck College de la Universidad de Londres y en la New School University de Nueva York.

A diferencia de otras «estrellas» y celebridades intelectuales del mundo cultural europeo, Hobsbawm nunca se acomodó al orden establecido para lograr el reconocimiento del poder. Ése es su principal mérito.

P R I M E R A P A R T E

**Una aproximación
biográfica:
Eric Hobsbawm como
historiador e intérprete
de su propio siglo**

Con un propósito autobiográfico, Hobsbawm publica *Años interesantes. Una vida en el siglo XX* (2002) —en ese momento tiene ochenta y cinco años—. Estas memorias son un complemento de su relato como historiador profesional y especialista que, a través de su experiencia personal, se propone contribuir a la comprensión de una época de la que se siente protagonista, en tanto observador lúcido y testigo privilegiado.

Tal como expresara en una entrevista, Hobsbawm tiene la sensación de haber estado en el lugar justo, en el momento indicado. No se siente nadie «especial». El simple hecho de haber vivido en la Europa del siglo XX le permitió presenciar varios acontecimientos históricos.

Infancia en el centro de Europa. Por esa autobiografía sabemos que Hobsbawm nació en Alejandría, en 1917; el mismo año de la Revolución de octubre en Rusia. Sus padres —británico él, austríaca ella— se habían conocido en Egipto, por entonces bajo protectorado británico (más tarde, él bautizará aquellos tiempos como «la era del imperio»). Pasó su infancia en Viena, la empobrecida capital del imperio centroeuropeo de

los Habsburgo que se desintegró al finalizar la Primera Guerra Mundial. De familia de clase media judía (su abuelo era un próspero joyero vienés), creció con el idioma y la cultura germana en una época en que la mayoría de los austríacos creían que debían formar parte de Alemania (la anexión hitleriana de Austria —el *anschluss*— se producirá en 1938).

Para la comunidad judía de Viena, ser «alemán» significaba asimilarse, abandonar el atraso y el aislamiento de las pequeñas aldeas judías de Europa del Este (en el interior de Polonia, Checoslovaquia y Hungría) y entrar a formar parte del mundo moderno. Por entonces nadie imaginaba, señala Hobsbawm, que «un país moderno se deshiciera para siempre de toda su población judía, cosa que no ocurría desde 1492 en España. Mucho menos cabía imaginar su aniquilación física».

En 1929 muere su padre y dos años más tarde, su madre, que contaba con sólo treinta y seis años. Como consecuencia de este óbito, Eric Hobsbawm y su hermana se trasladan a vivir con sus tíos Sydney y Gretl (hermana de la madre).

Berlín y las sombras del nazismo

La cultura en tiempos de Weimar. El futuro historiador llega a Berlín en 1931, cuando se hunde la economía mundial y el desempleo golpea a su propia familia. Bajo la débil República de Weimar, asiste a una escuela muy convencional y conservadora de tradición prusiana, que se destacaba, además, por su club náutico. Según sus recuerdos, en las clases de historia no aprendió absolutamente nada, «excepto los nombres y la cronología de todos los emperadores alemanes».

Su estancia en Berlín hizo del adolescente Hobsbawm un joven comunista para toda la vida. Comenzó por leer a Karl Marx (quien despertó su verdadera atracción por la historia) y vivió el ascenso del Tercer Reich. Por entonces, sus compañeros no lo identificaban como un joven judío, sino por su condición de británico, e insistían en echarle la culpa por el Tratado de Versalles, que había significado la humillación de Alemania.

Hobsbawm destaca que la República de Weimar fue un período sumamente excepcional en la historia de las artes y las ciencias: fue la edad de oro del cine mudo alemán; la vanguardia cultural alemana —desde Bertolt Brecht (1878-1956) hasta la *Bauhaus*, la escuela de arte y diseño que marcó el estilo de dos generaciones, tanto en arquitectura como en las artes aplicadas— había aceptado con entusiasmo la revolución rusa, y el vanguardismo, perseguido y disuelto bajo el nazismo, también tuvo su influencia en el cine comercial.

Por entonces, su tío Sydney Hobsbawm trabajaba para la productora cinematográfica Universal Films, cuyo propietario, de origen alemán, era uno de los magnates de Hollywood (éste regresaba anualmente a Alemania con nuevas ideas). En sus estudios, por ejemplo, se rodaban películas de terror como *Drácula* o *Frankenstein*, inspiradas en los modelos expresionistas alemanes. A comienzos de la década de los treinta, había estrenado *Sin novedad en el frente*, basada en una novela antibélica que los nazis boicotearon realizando manifestaciones en su contra. En 1932, una ley obligó a las compañías de cine extranjeras a incorporar un 75 por 100 de empleados alemanes y su tío Sydney (de nacionalidad británica) perdió el contrato de trabajo.

Un judío en el Tercer Reich. Hobsbawm vivió en Berlín el momento del ascenso del nazismo, incluso recuerda el día en que Adolf Hitler se convirtió en canciller de Alemania, el 30 de enero de 1933. Entonces él era estudiante y regresaba de la escuela con su hermana, cuando leyó el titular en un periódico y presenció la enorme manifestación nazi que acompañó el traspaso del poder. En febrero de ese mismo año fue incendiado el edificio del *Reichstag* (Parlamento) y los nazis acusaron al Partido Comunista Alemán, que fue ilegalizado. Sus dirigentes fueron encarcelados o exiliados y uno de ellos, George Dimitrov (1882-1949), de origen búlgaro, tuvo que declarar en los tribunales nazis frente a Hermann Goring.

En abril de 1933, Hitler anunció un boicot a los negocios de los judíos y la familia Hobsbawm al completo se trasladó a Londres, por entonces la ciudad más grande de Europa.

En la década de los treinta, el Reino Unido fue el refugio de muchos intelectuales judíos y antifascistas que abandonaban Europa Central, en la que algunos encontraron un lugar en el campo académico (como Karl Polanyi). Eric Hobsbawm llegó de adolescente pero pronto obtendría una beca para ingresar al mundo de Cambridge.

Cambridge «rojo»

Actividad estudiantil. Eric Hobsbawm llegó a Inglaterra en los años treinta, cuando el gobierno británico de Neville Chamberlain era por entonces partidario de «apaciguar» a Hitler (hacer concesiones a la revitalizada Alemania). Mientras tanto, Hobsbawm se sumaba a las filas de los jóvenes an-

tifascistas que, comprometidos en las actividades académica y política de la Universidad de Cambridge, se oponían al compromiso y la negociación con la Alemania nazi.

Ingresó en Cambridge en 1936. Recuerda a su generación como «la más radical y la más roja» de la historia de la universidad, que se remonta al siglo XIII, y que preparaba a sus estudiantes para convertirlos en pilares de una prestigiosa tradición cultural. Por aquel entonces, Cambridge tenía una fuerte reputación internacional en el campo de las ciencias naturales pero, exceptuando la economía, la investigación en las ciencias sociales estaba relegaba a un segundo plano.

Invitado a unirse a la rama estudiantil del Partido Comunista británico, Hobsbawm se comprometió también con el periodismo universitario y participó del popular «Club socialista», que respondía a la línea de unidad antifascista entre los estudiantes. El crecimiento de esta agrupación se debe, según Hobsbawm, al «efecto Munich en Cambridge», es decir, al repudio y la oposición activa que despertó en la universidad la política británica de «apaciguamiento». Esta última había legitimado, a través de un acuerdo inaceptable con Hitler, la expansión alemana en Europa del Este.

El Partido Comunista incluía una «sesión colonial» para los jóvenes estudiantes de Asia (provenientes de las clases asimiladas de las colonias británicas) que, obviamente, tenían un interés especial por la historia del Tercer Mundo. Eric mantenía vínculos especiales con estos jóvenes de las colonias, compañeros militantes que destacaron como dirigentes políticos en los procesos de descolonización de posguerra. Su

compañero Pieter Keunemann, por ejemplo, sería secretario general del Partido Comunista de Sri Lanka.

El corazón de la Academia. En la década de los treinta, Cambridge era menos conservadora que la Universidad de Oxford pero, aun así, era muy difícil encontrar entre sus profesores prominentes algún partidario del Partido Laborista.

Como señala el futuro historiador, la política continental en los años treinta era una sucesión ininterrumpida de desastres: Europa se precipitaba hacia la catástrofe y el primer episodio se desencadenaría en España, con la caída de la República. La Universidad de Cambridge contaría a uno de sus estudiantes entre las víctimas de la guerra civil española (reclutado entre los voluntarios para integrar las famosas Brigadas Internacionales).

Hobsbawm vivió tres meses en París, en 1936, bajo el gobierno del Frente Popular encabezado por el socialista Léon Blum. Acompañó a su tío Sidney Hobsbawm en la realización de películas de carácter político y documentales, entre las que cabe destacar *La Marsellesa*, de Jean Renoir. En esas circunstancias, Eric pudo presenciar en directo, subido en un camión de filmación, la celebración del Día de la Bastilla de 1936.

Ese mismo año viajó a Cataluña (España). Atravesando la frontera alcanzó un pueblo cuya comuna estaba controlada por grupos anarquistas españoles. Como había cruzado la frontera de forma irregular, el joven extranjero fue interrogado por los milicianos que, a punta de revólver, lo condujeron de vuelta a la frontera francesa. En *Años interesantes*, Hobsbawm comenta, con fina ironía, su única y breve relación con los republicanos:

Así pues, mi contacto fugaz con la guerra civil española acabaría con mi expulsión de la república.

Historiador e intérprete de su tiempo

Todos contra Hitler. Eric Hobsbawm pertenece a la generación que tuvo una experiencia directa de la Segunda Guerra Mundial, aunque por aquel entonces su papel se redujera a integrar una compañía que improvisaba defensas, en la costa este de Inglaterra, ante una eventual invasión alemana. Durante 1940, Hitler invade Noruega, Dinamarca y los Países Bajos, y el pesimismo y el derrotismo se apoderó del estado de ánimo de los británicos frente a la arrolladora expansión alemana. En el ejército, Hobsbawm era el único intelectual de su compañía, compuesta casi en su totalidad por zapadores de la clase obrera, y el futuro historiador tuvo meses de exhaustiva actividad. La rutina del ejército exigía cavar fosos, cargar sacos de arena, minar el terreno y colocar detonadores en los puentes. En agosto de ese mismo año Hitler inicia los ataques aéreos a Gran Bretaña y dirige bombardeos nocturnos a Londres. Finalmente, en 1941, Hobsbawm fue trasladado al cuerpo de educación del ejército hasta finalizar la guerra.

Inglaterra, separada de Europa continental por el canal de la Mancha, escapó a la ocupación nazi durante la Segunda Guerra Mundial y no compartió las experiencias de resistencia que se desarrollaron, fundamentalmente, en Francia con los «maquis», y en Italia, Yugoslavia, Bulgaria y Grecia con la lucha antifascista de los partisanos. No obstante, estos movimientos

reforzaron en la generación del historiador el principio de la solidaridad internacional (un internacionalismo práctico que se prolongó en las décadas siguientes). En la posguerra, Hobsbawm formó parte de un equipo «democratizador» que ayudaba a «reeducar» a los alemanes, en el norte de ese país, a pocos kilómetros de la Alemania Oriental. Fue su primer contacto con los alemanes que habían permanecido allí durante el nazismo. Entre los numerosos «reeducadores judíos» llegados del Reino Unido, pudieron observar cómo vivían los ciudadanos alemanes, entre las ruinas y escombros de sus ciudades, y en el contexto de un hundimiento total de la economía. Alguno de sus colegas, como el célebre historiador Edward P. Thompson, también participaron como voluntarios en las brigadas de reconstrucción de posguerra en Yugoslavia y Bulgaria.

El clima de la guerra fría. La militancia estudiantil se prolongaría durante su carrera profesional. Hobsbawm, miembro del Partido Comunista británico hasta su disolución en 1991, se incorporó al mundo académico en plena guerra fría. Por aquel entonces, señala el historiador, los gobiernos europeos se adherían a la política de «contención», pero no a la de «destrucción» del comunismo. A diferencia del maccarthismo académico norteamericano, Hobsbawm pudo desarrollar su profesión en las instituciones universitarias británicas. Después de la guerra regresó a Cambridge como investigador y, en 1948, comenzó a enseñar en el departamento de historia del Birkbeck College, donde el claustro estaba compuesto mayoritariamente por votantes del Partido Laborista. Hobsbawm señala que todos los

docentes que fueron designados en puestos antes de ese año permanecieron en ellos, no se produjeron purgas ni despidos, pero... ninguno fue ascendido. También trabajó en calidad de tutor de estudiantes y examinador de historia, aunque a lo largo de la década de los cincuenta rechazaron varias veces su solicitud para la cátedra de historia económica en la Universidad de Cambridge. Recién estrenado el año 1959, consiguió su ascenso a profesor adjunto en Londres.

Mayo de 1968. Con los nuevos vientos de los años sesenta, Hobsbawm también fue testigo de las jornadas del Mayo francés. Por esa época había sido invitado a participar en el simposio de Marx, celebrado en París, bajo los auspicios de la UNESCO:

Por pura casualidad —recuerda en su autobiografía—, la conmemoración del aniversario de Marx coincidió con el momento más caliente de la gran rebelión estudiantil de París.

En esos días, a las manifestaciones estudiantiles se sumaron las de los obreros (la huelga general paralizó Francia) e hicieron tambalear al gobierno del general Charles De Gaulle (1890-1970). Éste cumplía diez años en el poder: 1958-1968.

De este modo, el historiador británico se convertía en «observador partícipe» de otro acontecimiento paradigmático del siglo, aunque reconoce que en ese momento no supo interpretar su verdadero significado.

Por aquel entonces su reacción fue de escepticismo. Sentía que los estudiantes que cuestionaban el sistema universitario francés empleaban el mismo vocabulario que su ge-

neración, pero no hablaban el mismo idioma. Con más entusiasmo, el sociólogo Alain Touraine escribió, en un ejemplar de *Rebeldes primitivos* y en referencia a la insurrección estudiantil de 1968: «Aquí están los primitivos de una nueva rebelión.»

Solidaridad con Vietnam y Cuba. El año anterior (1967), Hobsbawm había impartido clases en Estados Unidos durante el período más álgido de la protesta del movimiento estudiantil contra la guerra de Vietnam. Quedó entonces muy sorprendido al enterarse de que los jóvenes de la Universidad de Berkeley leían con entusiasmo su libro *Rebeldes primitivos* porque podían identificarse con esos otros rebeldes sociales.

Por si no le hubiera alcanzado con todas las experiencias anteriormente mencionadas, Hobsbawm visitó Cuba en los años sesenta, como otros tantos intelectuales interesados en el proceso revolucionario de la isla. Recuerda de ese viaje una conversación política en la que actuó de traductor del Che Guevara (1928-1967). En 1967 viajó a Bolivia para presenciar el juicio al filósofo francés Régis Debray, participante de la guerrilla del Che y discípulo de Louis Althusser.

S E G U N D A P A R T E

La historiografía británica y francesa

Los Annales. La escuela marxista británica a la que pertenece Eric Hobsbawm es paralela al desarrollo de la Escuela de los Annales, fundada en el continente europeo por los historiadores Marc Bloch (1896-1944) y Lucien Febvre (1878-1956). Ambas corrientes constituían, de algún modo, un frente común contra la historiografía tradicional, signada por la sucesión de «reyes, batallas y tratados». Por entonces, el sujeto privilegiado de la historia era el estado-nación y las relaciones internacionales. Además, la historia académica, en términos occidentales, se hallaba restringida en gran medida al Primer Mundo, Rusia y Japón.

Positivismo. La historia académica británica estuvo dominada, hasta la década de los años cuarenta, por la tradición positivista de Leopold von Ranke (1795-1886), historiador alemán que postuló el «análisis científico» del pasado. El positivismo suponía una determinada selección del pasado, pues se ocupaba de la historia diplomática de los Estados y su política exterior —este tipo de historia era esencialmente descriptiva y cronológica—. Una mera recolección de hechos,

opuesta a todo tipo de generalización y abocada al estudio obsesivo y riguroso de los documentos, o sea, la historia narrativa que aprendió Hobsbawm en Berlín, pero también en la Universidad de Cambridge. En Francia, La Sorbona fue el reducto de esta concepción tradicional.

Los miembros de *Annales* en Francia y los marxistas británicos fueron innovadores, pues:

- Orientaron su análisis hacia la historia económica y social.
- Estudiaron los procesos de «larga duración» que tienen una dinámica diferente a la historia, centrada en los meros acontecimientos políticos y militares.

Además de compartir el oficio de historiador, Hobsbawm comparte con los historiadores franceses la experiencia traumática de la guerra: Marc Bloch murió fusilado por los nazis, en 1944, durante la ocupación alemana (había sido expulsado de su cátedra en La Sorbona por su condición de judío); otro miembro de *Annales*, Fernand Braudel (1902-1985), al igual que Hobsbawm en su propio país, se enroló en el ejército y fue detenido por los alemanes, entre 1940 y 1944, en un campo de concentración.

La transición. En la segunda posguerra, ambas escuelas historiográficas coincidieron en enfocar como centro de interés el estudio de los siglos XVI y XVII, es decir, el proceso de la transición del feudalismo al capitalismo. En el Reino Unido, el debate surgió en torno al libro de Maurice Dobb *Estudios*

sobre el desarrollo del capitalismo, y en Francia con la obra clásica del historiador Fernand Braudel *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo* (1949).

Fernand Braudel pertenece a la segunda generación de Annales. A partir de 1946 se convierte en codirector, junto a Febvre, de la célebre revista *Annales d'Histoire Economique et Sociale* (*Anales de historia económica y social*), que permitió la apertura de la historia hacia los métodos de otras disciplinas sociales y la crítica al positivismo liberal de La Sorbona. Bajo el influjo del estructuralismo de Claude Lévi-Strauss (1908-¿?), Braudel introduce en la historiografía francesa:

- El concepto de la «larga duración» (el nivel de la historia estructural).
- La idea de la pluralidad de los tiempos históricos, para dar cuenta de los diferentes ritmos de las continuidades y los cambios.

La moda de la historia económica y demográfica de la Escuela de los Annales ejerció su hegemonía académica, en Francia, durante las décadas de los cuarenta y cincuenta. Ese eco llegó hasta el Mayo francés de 1968, cuando los nuevos enfoques historiográficos emanciparon a los sujetos históricos —los trabajadores y los estudiantes— del estructuralismo y de sus condiciones macroestructurales.

Historia social. En el Reino Unido, la historia económica tiene una larga tradición intelectual desde los estudios de Adam

Smith (1723-1790) y los economistas clásicos. Pero la historia social, tal como la entiende Hobsbawm, debió polemizar con esa tradición para comprender qué significado tuvieron las transformaciones económicas en la experiencia de la gente común y en la formación de la clase obrera. En el campo marxista, puede citarse como un estudio precursor el ensayo juvenil de Friedrich Engels (1820-1895) sobre *La situación de la clase obrera en Inglaterra*.

Las relaciones con los historiadores de la Escuela de los Annales fueron muy fecundas. Por ejemplo, en los años setenta, Hobsbawm formó parte de la Escuela Práctica de Altos Estudios en Ciencias Sociales en calidad de director de investigaciones asociado —esta escuela estaba presidida por Braudel—. Ese compromiso lo llevaba regularmente a París durante parte del año académico.

Su propia revista. El primer número de la revista de historia *Past and Present* (*Pasado y Presente*), fundada por Hobsbawm en 1952, hacía referencia a la revista francesa *Annales*. El historiador francés Jacques Le Goff, uno de sus lectores, gustaba comparar ambas publicaciones en la década de los cincuenta. No obstante esta comparación, el enfoque marxista de los historiadores británicos los distanció de la Escuela de los Annales, cuyo paradigma teórico fue siempre más difuso por falta de una concepción global de la sociedad. Como señala Hobsbawm en el contexto de la guerra fría, la revista marxista de los historiadores británicos *Past and Present* introdujo debates muy importantes: entre otros, el de la transición

del feudalismo al capitalismo (conocida polémica entre el economista norteamericano Paul Sweezy y el británico Maurice Dobb). También incluyó entre sus colaboradores a autores no marxistas, como Lawrence Stone y John Elliot.

La revista había surgido de los debates de la Agrupación de Historiadores del Partido Comunista británico y se convirtió en el medio principal de los modernizadores: Eric Hobsbawm, Christopher Hill, Robert Browning y Leslie Morton. A diferencia de la Escuela de los Annales, no privilegiaron una historia social pasiva y despolitizada (estructural, demográfica, cuantitativa e interesada por ciclos de precios y salarios), pues lo que les interesaba a los historiadores británicos era:

- La historia de la acción social y la vida práctica de los hombres y mujeres del pueblo.
- La historia de las clases sociales en lucha, particularmente de los sometidos y explotados.
- La historia del movimiento obrero británico y sus antecedentes.

Antonio Gramsci también habla inglés. Sin duda, fue en el Reino Unido donde la incorporación de las aportaciones de Antonio Gramsci (1871-1937) para el estudio de las clases subalternas lo que otorgó un sesgo distintivo a la historia social. Los manuscritos del pensador marxista italiano (sus *Cuadernos de la cárcel*), escritos en la prisión fascista entre 1929 y 1934, pudieron ser rescatados y trasladados al extranjero gra-

cias a la intervención de su cuñada Tatiana Schucht. También tuvo incidencia su amigo, el célebre economista Piero Sraffa, quien pagó la compra de gran parte de los libros que Gramsci leyó en la cárcel. *Eric Hobsbawm conoció personalmente a Sraffa en Cambridge, y él le proporcionaría los contactos con los intelectuales antifascistas de Italia durante la década de los cincuenta, entre ellos el historiador Delio Cantimori.*

Antonio Gramsci inicia una tradición teórica que vincula estrechamente la cultura con el concepto de hegemonía (para entender la fortaleza y complejidad de la dominación burguesa en los países occidentales). Gramsci sostiene que, históricamente, los grupos sociales subalternos siempre sufren la iniciativa de los grupos dominantes, con el propósito de desorganizar y reorganizar (moralizar) la cultura popular.

Bajo la influencia de esta tradición gramsciana, la historia social británica estuvo orientada inicialmente hacia los estudios del movimiento obrero británico y los movimientos de protesta de los trabajadores:

- El ludismo.
- El cartismo.
- Las revoluciones de 1948.

Luego, su campo de estudio se fue haciendo más complejo y se amplió a la investigación sobre:

- Las clases subalternas.
- Las protestas campesinas.

- El bandolerismo social.
- El terreno de la cultura popular.

Hobsbawm hizo su aportación, en este último campo, con estudios como *Bandidos o Rebeldes primitivos*. A su turno sobre la clase obrera, publicó *Trabajadores, El mundo del trabajo y Gente poco corriente*.

La idea del primer libro de Eric Hobsbawm, *Rebeldes primitivos*, surge en Italia, e incluye estudios sobre los movimientos sociales rurales y el bandolerismo del sur italiano. Hobsbawm también participa en la organización del Congreso de Estudios sobre A. Gramsci, patrocinado por el Partido Comunista Italiano en 1958. Es el único historiador británico presente. En esa oportunidad conoce al presidente del partido, Palmiro Togliatti (1893-1964), por quien no oculta su admiración, a pesar de que lo recuerda como un «estalinista puro y duro».

Marx y los historiadores. Ya es un hecho común considerar como una extravagancia o una rareza la prolongada adscripción de Eric Hobsbawm al marxismo y al Partido Comunista británico —en todas sus entrevistas, se le pedía una explicación sobre este hecho—. Él mismo aclara que esa lealtad a la Internacional y a la Unión Soviética nunca significó la aprobación incondicional de la línea política de Moscú.

Eludiendo los clásicos prejuicios académicos, Hobsbawm no tiene miedo de definir a Marx como su maestro intelectual; es más, destaca la influencia marxista en la transformación de la historiografía contemporánea. Ese fenómeno tuvo

un impacto diferente en cada país: en Francia, por ejemplo, la influencia fue relativamente menor hasta después de la Segunda Guerra Mundial, ya que en el período de entreguerras había sido la Escuela de los Annales la que llamó la atención sobre las dimensiones económicas y sociales de la historia. En el Reino Unido fue mayor.

Caricatura deformada del marxismo. Hobsbawm advierte que entre algunos historiadores se destaca la influencia del llamado «marxismo vulgar», identificado con una serie de ideas relativamente sencillas:

- La *explicación puramente economicista de la historia*, que postula un supuesto «factor económico» como fundamental y determinante.
- El *modelo explicativo de la sociedad de «base» y «superestructura»*, interpretado como una relación de dominio y dependencia directa de la primera sobre la segunda.
- La creencia en *leyes «inevitables» de la historia*, que supone una sucesión de formaciones socioeconómicas, guiada por una evolución automática y necesaria de las sociedades humanas; es decir, una línea única de evolución.
- La *interpretación determinista de los textos de Marx*, como por ejemplo del *Manifiesto Comunista*, que acentuaría la confianza en que el capitalismo está destinado, «inevitablemente», a ser enterrado por sus sepultureros, los obreros modernos.

Estas ideas representan una selección sumamente sesgada de las opiniones de Marx sobre la historia. En su conjunto, terminan asimilando y subordinando el marxismo a opiniones no marxistas, evolucionistas y positivistas.

Sin embargo, como destaca Hobsbawm, la inmensa fuerza de Marx reside en su insistencia, tanto en la existencia de una estructura social como en su historicidad o, dicho de otra manera, en su dinámica interna de cambio. Lejos de una lectura determinista del *Manifiesto*, Hobsbawm señala que en su centro está la idea del cambio histórico mediante la praxis social, es decir, mediante la acción colectiva.

El propio Marx distaba mucho de ser unilineal. Ofreció una explicación de por qué algunas sociedades evolucionaron de la antigüedad clásica al capitalismo, pasando por el feudalismo, y también por qué otras sociedades (que agrupó bajo el modo asiático de producción) no siguieron el mismo proceso.

En la década de los sesenta Hobsbawm destaca, en el campo historiográfico, el renacimiento de la discusión en torno a lo que Marx denominó el «modo de producción asiático» (por ejemplo, el trabajo de Maurice Godelier, que abordó este problema concreto de la periodización histórica en la concepción materialista de la historia). La conclusión de ese debate apunta que, según Marx, la historia no es unilineal. Tiene muchas vías de desarrollo posible.

La crisis de 1956

Estalinismo. La Agrupación de Historiadores Comunistas, formada en la posguerra y presidida por Hobsbawm, no so-

brevive a la crisis de 1956, cuando la Unión Soviética invade Hungría. Apenas dos años antes, en 1954, una delegación de historiadores marxistas británicos (Christopher Hill, Robert Browning y Leslie Morton) había visitado Moscú (habían sido invitados por la Academia de Ciencias). Pero la intervención soviética en Hungría hizo que esta agrupación abriera una brecha en la disciplina partidaria: la mayoría de los historiadores firmaron una carta colectiva de protesta, que tuvo una amplia repercusión al ser publicada por la prensa ajena al partido.

El movimiento comunista internacional empezó a desintegrarse en 1956. La estructura deliberadamente centralizada había reducido a los partidos occidentales a meras secciones disciplinadas y subordinadas al partido soviético. Los crímenes de José Stalin (1879-1953) y el «culto a la personalidad», denunciados en el XX Congreso del PCUS y en el informe de Nikita Krushchev (1894-1971), así como el aplastamiento de la insurrección húngara, precipitaron la crisis global de este «gran movimiento ideológico y político» —en palabras de Hobsbawm— generado por la Revolución rusa.

También terminaba la historia de amor entre los intelectuales y el marxismo, y varios grupos fuera de la órbita de Moscú reclamaron su herencia cultural.

Discusiones encendidas. Las apasionadas polémicas en torno al estalinismo no hicieron desertar a Eric Hobsbawm del Partido Comunista británico, pero sí a la mayoría de los intelectuales, que se alejaron de sus filas y se fusionaron en la Nue-

va Izquierda, como el historiador Edward P. Thompson (1924-1993) que, junto con Raphael Samuel y el profesor de literatura Raymond Williams (1921-1988), serían, sin duda, las figuras más destacadas de esta corriente intelectual que tuvo una gran influencia en la década de los sesenta.

El pequeño Partido Comunista británico no constituía un partido de masas como el italiano o el francés (después de la Segunda Guerra Mundial, el PCF representaba la organización mayoritaria de la clase obrera francesa, mientras que en el Reino Unido los obreros permanecieron fieles al Partido Laborista). Sin embargo, como organización, el Partido Comunista británico se resintió bastante al perder una tercera parte de sus miembros.

La fidelidad. La pregunta clave en la biografía de Hobsbawm es la siguiente: «¿Por qué, según el clima crítico de 1956, evita la ruptura de su organización y no participa en la corriente de la Nueva Izquierda británica?»

En la práctica, como él mismo reconoce, dejó de ser un militante activo. Aunque presidía la Agrupación de Historiadores Comunistas, en 1956 ésta se disuelve. De allí en adelante, continuó como simpatizante o, según la expresión entonces al uso, «compañero de viaje». Más que una pertenencia efectiva al Partido Comunista británico optó por una relación especial con el Partido Comunista Italiano, con cuyos intelectuales mantuvo vínculos fraternos y de respeto cultural. Pero su continuidad en el movimiento comunista tiene para él una explicación fundacional:

Yo no llegué al comunismo como un joven británico en Inglaterra, sino como un centroeuropeo en pleno hundimiento de la República de Weimar. Y llegué a él cuando ser comunista significaba no sólo combatir el fascismo, sino la revolución mundial.

Hobsbawm había abrazado esas ideas revolucionarias siendo un adolescente judío en Berlín. En 1936 se había afiliado formalmente al Partido Comunista británico, en Cambridge (Europa se precipitaba entonces hacia la catástrofe). Hobsbawm pertenecía a la generación que respondía a la línea de unidad antifascista, cuando la III Internacional promovía lo que él califica como una «buena causa»: constituir alianzas y campañas para enfrentar a los fascismos europeos. La estrategia del Frente Popular, que propiciaba esta unidad antifascista, fue adoptada por la Internacional en 1935. La propusieron el nuevo secretario general, George Dimitrov, y el dirigente italiano Palmiro Togliatti. Hobsbawm se manifiesta poco crítico al indicar que, en 1938, el Partido Comunista británico «sorprendió» a sus aliados proponiéndoles que apoyasen al ministro conservador Winston Churchill (1874-1965).

Entre 1939 y 1941 se abandona esta línea de unidad antifascista, en virtud del pacto de no agresión firmado por José Stalin con Alemania (conocido como Pacto Ribentropp-Molotov). El acuerdo significaba el reparto de Polonia y alejaba momentáneamente a la Unión Soviética de la Segunda Guerra Mundial, calificada de «imperialista».

La Nueva Izquierda de los años sesenta

Esperanza contra mediocridad. Poco tiempo después de la crisis de 1956, en la década de los sesenta la rebelión y la disidencia cultural fueron un aspecto dominante de la llamada «nueva izquierda» intelectual. Una atmósfera apasionada, turbulenta pero esperanzadora, reemplazó, según Hobsbawm, a la mediocridad de los años cincuenta. Los ideólogos de las sociedades de Occidente de posguerra manifestaban desesperación o escepticismo, y un producto típico de esos años fue la obra de Daniel Bell *El fin de la ideología* (1960).

La revolución cubana, la liberación argelina, el movimiento por los derechos civiles de los afroamericanos y la resistencia contra la guerra de Vietnam contribuyeron a la radicalización política de las nuevas generaciones, y ello se expresó en una creciente actividad estudiantil, como el Mayo francés de 1968. Si bien la economía atravesaba un período de crecimiento y había un desarrollo de los estados del bienestar, tanto en Europa como en Estados Unidos surgieron nuevos movimientos sociales que tenían una perspectiva crítica contra la opulenta sociedad de consumo.

Renovación. En este contexto se produjo también una importante renovación intelectual del marxismo, y fue la corriente centroeuropea, según Hobsbawm, particularmente fecunda y atractiva para este cambio: se recuperaron las obras de György Lukács (1885-1971), Antonio Gramsci, Ernst Bloch (1880-1959) y Henri Lefebvre (1905-1991), representantes, entre

otros, de esta tradición crítica de la corriente oficial. En el terreno de la teoría, estos pensadores eran sobre todo hostiles a las versiones darwinistas y positivistas del marxismo, como por ejemplo la de Karl Kautsky (1854-1938). También eran recelosos de aquellos aspectos del Marx maduro y de Friedrich Engels que pudieran fomentar el determinismo en detrimento del voluntarismo. Filosóficamente, tendían a subrayar los orígenes hegelianos de Marx y sus escritos juveniles. El texto básico fue *Los manuscritos económico-filosóficos de 1844*, y su instrumento conceptual clave: «la alineación». La ortodoxia estalinista había mostrado una intolerancia creciente hacia los elementos hegelianos o anteriores a 1848 de Marx. En la era de Stalin, se afirmaba oficialmente la absoluta originalidad de Marx, el corte abrupto que lo separaba de las ideas de Georg Hegel (1770-1831) y de su propia juventud hegeliana. Un compendio sistemático de estos dogmas, elaborados en los años treinta, aparece simplificado en forma pedagógica en *Historia del Partido Comunista bolchevique de la Unión Soviética*, en el cual intervino el propio Stalin.

La New Left Review. Los rebeldes de 1956 apelaron al humanismo del joven Marx para rechazar la represión política e intelectual del estalinismo.

A partir de los años sesenta, en el Reino Unido comenzó a publicarse la *New Left Review*, en la que participaban los historiadores Edward P. Thompson, Raphael Samuel (1934-1996) —que provenían de la ruptura con el Partido Comunista— y algunos jóvenes radicales de Oxford, como el

teórico de la cultura jamaiquino Stuart Hall (1932-¿?), su primer director.

La revista estuvo vinculada, en sus comienzos, a la Campaña para el Desarme Nuclear y fue el órgano de un amplio movimiento socialista organizado de manera informal, en todo el país, en los *new left clubs*.

En 1963, un nuevo comité editorial, encabezado por el historiador Perry Anderson, tomó el relevo (junto a Tom Nairn y Robin Blackburn). Así, en los años setenta, la revista se convirtió en la publicación más importante de la nueva generación de marxistas británicos. Eric Hobsbawm, de la «vieja guardia» de historiadores, fue un asiduo colaborador de la revista: se publicaron allí varios de sus ensayos y reseñas de sus propias obras.

También en 1960, Hobsbawm comenzó a impartir clases en Estados Unidos. Hasta ese período, sus solicitudes de visado para visitar dicho país habían sido rechazadas por la guerra fría, pero en el verano de 1960 pudo enseñar en la Universidad de Stanford invitado por el economista Paul Baran, un refugiado alemán de los años treinta, y en 1967 ocupó una cátedra en el prestigioso Massachusetts Institute of Technology (MIT).

Una historiografía marxista en el corazón del imperio. En la década de los sesenta, la *New Left Review*, como revista socialista independiente, introdujo a pensadores marxistas europeos desconocidos en el Reino Unido. Publicó las traducciones de la obra de György Lukács, Karl Korsch (1886-1961)

—expulsado del Partido Comunista Alemán—, Antonio Gramsci, Theodor Adorno (1903-1969) —de la Escuela de Francfort y exiliado en Estados Unidos durante el nazismo—, Louis Althusser (1918-1990) y Lucien Goldmann (1913-1970), y difundió la primera traducción inglesa de los *Grundrisse* (borradores de *El Capital*) de Marx. Aunque el repertorio era tremendamente muy variado, la influencia decisiva para la nueva corriente británica fue, sin duda, la del pensador italiano Antonio Gramsci. Sus conceptos fueron desplegados en toda la obra historiográfica de este período, orientada fundamentalmente hacia la historia del movimiento obrero, de las clases subalternas y de la cultura popular.

Un ejemplo representativo es la obra del historiador Edward P. Thompson *La formación de la clase obrera en Inglaterra*, publicada en 1963. Este texto tuvo una notable repercusión, pues conquistó no sólo a los historiadores profesionales, sino también a los jóvenes lectores radicales. Este estudio, señala Hobsbawm, además de «escapar de la jaula de la vieja ortodoxia del partido», despertó un amplio interés y generó una especie de debate colectivo. Hobsbawm expresa su admiración por este historiador, desaparecido en 1993, al destacar que «no sólo poseía talento, brillantez, erudición y el don de la escritura, sino también genio en el sentido tradicional de la palabra».

La *New Left Review* también tomó parte en la Campaña de Solidaridad con el pueblo de Vietnam. Durante los años sesenta, la revista tuvo mayor repercusión que *Past and Present*, publicada por la anterior generación de historiadores marxistas y dirigida por Hobsbawm.

Las polémicas de Hobsbawm

El viejo y los jóvenes. El balance de Hobsbawm sobre la Nueva Izquierda británica es bastante escéptico. En la práctica —señala—, sus aportes fueron intelectualmente fecundos, pero su papel político fue insignificante:

No reformaron el Partido Laborista ni el Partido Comunista, no dieron lugar a nuevos partidos de izquierda, ni a nuevas organizaciones.

El revolucionarismo de la nueva izquierda occidental, afirma el historiador, no fue producto de una crisis capitalista en el sentido económico, sino lo contrario. Hubo una expansión sin precedentes hasta finales de los años setenta. Lo que parecía no marchar era esta sociedad de la «opulencia», de la abundancia. En este contexto, la crítica económica dejó de estar de moda para abrir paso a la sociológica. El modelo concreto ya no estaba representado por la Revolución bolchevique, sino por los procesos de Cuba, Vietnam y China. Pero el problema es que esta joven izquierda no contó con un respaldo social que fue el pilar de la vieja izquierda obrera, ni tampoco con fuertes bases electorales. Hobsbawm califica de «románticos por naturaleza» a sus colegas Edward P. Thompson y Raphael Samuel, y considera a sus proyectos (los talleres de historia y el *Partisan Coffee House*) como una «nota marginal casi olvidada». Él siguió alineado con el llamado «eurocomunismo» de posguerra.

Disparen contra Louis Althusser. El filósofo francés Louis Althusser, exponente del estructuralismo y miembro del Partido Comunista Francés, suscitó la crítica en el seno de la historiografía británica. En 1966, Hobsbawm emprende la crítica de los trabajos de esta «celebridad intelectual parisiense» que dirige la obra colectiva *Lire le Capital (Para leer El Capital)*. Así, reacciona frente a su arrogancia y pretensión de completar la «revolución teórica inacabada de Marx». Althusser se atribuye la tarea de elaborar una filosofía marxista, que estaría aún por hacerse. Hobsbawm señala que el marxismo continental europeo es mucho más teórico que el de su propio país, pero acusa a Althusser de ignorar la importancia de los *Grundrisse* (borradores de *El Capital*, casi tan extensos como aquella obra) y, además, argumenta que el pensador francés segmenta la *Introducción a la crítica de la economía política*, texto básico del marxismo althusseriano. En la óptica del británico, el francés reduce por simplificación algunos de los problemas de Marx, como por ejemplo el del cambio histórico. La polémica con Althusser continuó por obra de otro historiador británico, Edward P. Thompson, quien en *Miseria de la teoría* califica al marxismo althusseriano de «teoricismo ahistórico» e idealismo. El pecado capital de Althusser consistiría en considerar la historia como un proceso sin sujetos, en el que los hombres son meros «soportes de las relaciones de producción»; es decir, producto de su estructuralismo congelado que reduce el papel de la actividad y la práctica humanas. Thompson afirma la tesis marxista de que «los hombres y las mujeres son los agentes, siempre frustrados y

siempre resurgentes, de una historia no dominada». Resulta curioso que, a pesar de estar enfrentados en otros terrenos, tanto Hobsbawm como Thompson hayan enfocado sus respectivos cañones contra el fantasma de Althusser.

Polémica con Edward P. Thompson. A propósito de *La formación de la clase obrera*, obra clásica de la historiografía británica del historiador Edward P. Thompson (expulsado del Partido Comunista británico en 1956 y uno de los fundadores de la *New Left*), Hobsbawm sienta una posición crítica respecto a algunas de sus interpretaciones.

Thompson fecha la aparición de la clase trabajadora en la sociedad británica a principios del siglo XIX, en la era del carisma. Pero se equivoca, alerta Hobsbawm, al sugerir que estas clases trabajadoras eran la clase obrera, tal como evolucionaría después.

Hobsbawm prefiere postular una discontinuidad entre el pasado artesano de la era preindustrial y el proletariado, los movimientos obreros y las ideologías socialistas de fines del siglo XIX. Postula una distancia de generaciones entre el socialismo de Robert Owen y el renacimiento socialista de la década de 1880 en Gran Bretaña.

Para la primera mitad de la centuria, utiliza el concepto de «clases trabajadoras». Se niega a emplear el de «clase obrera».

De hecho, la base económica de la era victoriana significó un gran crecimiento de la clase obrera y de su concentración industrial; el movimiento sindical duplicó su número de afiliados entre 1890 y 1914; los sindicatos más importantes

eran los del carbón, el transporte y los ferrocarriles (ya no el de los sastres ni los hilanderos del algodón), y se forjó su conciencia de clase.

Por contraposición con Thompson, Hobsbawm postula la tesis de que el owenismo y el cartismo, así como las clases trabajadoras del período inicial, son los antepasados de la clase obrera británica y sus movimientos. Pero entre los primeros y los últimos existirían notables diferencias. Por este motivo, concluye que la clase obrera no se conforma hasta mucho después de la etapa cronológica en que termina el estudio de Thompson.

Los ecos de La Marsellesa y la posmodernidad

El bicentenario de la Revolución Francesa. En 1989, Eric Hobsbawm interviene en los debates y polémicas que suscitaron los historiadores revisionistas al cuestionar en Francia la tradición revolucionaria. Como respuesta a los detractores de aquella Revolución, publica un breve ensayo: *Los ecos de La Marsellesa* (en este ensayo analiza las distintas interpretaciones de la experiencia revolucionaria durante el siglo XIX y su recepción en el XX).

Hobsbawm destaca que las nuevas lecturas sobre la Revolución Francesa, especialmente en su país de origen, son extraordinariamente sesgadas. Sin duda, la combinación de ideología, moda y el poder de los medios de comunicación permitió que el bicentenario estuviera ampliamente dominado por quienes desprecian a la Revolución y su herencia. Una nueva escuela de historiadores revisionistas ha embestido

contra la principal tradición de la historiografía francesa. Pero esto no es nuevo. En este sentido, señala que durante el primer centenario (en 1889) se publicaron más ensayos en contra de la Revolución que a favor. En ambos casos, se trata de razones políticas más que académicas o profesionales.

Hobsbawm sostiene que la Revolución Francesa abarca un conjunto de acontecimientos extraordinarios que no pueden dejar de ser reconocidos como los cimientos del siglo XIX. Sus contemporáneos la estudiaron, se compararon a sí mismos con ella e intentaron evitarla o ir más allá del proceso revolucionario francés.

La derecha y el revisionismo. La historiografía revisionista, que en Francia tuvo como representante al historiador François Furet (vinculado con la Escuela de los Annales), estaba dispuesta a distanciarse del pasado jacobino y su legado. La operación consistía en negarle a la Revolución su carácter burgués y relativizar su importancia.

El revisionismo sostiene fundamentalmente que la Revolución no produjo grandes cambios en la historia de Francia y tampoco fue el acontecimiento fundacional de la sociedad burguesa. Habría sido «innecesaria» para desbloquear el obstáculo que el antiguo régimen representaba para el desarrollo del capitalismo.

La tesis de Furet, miembro de la tercera generación de la Escuela de los Annales, subraya las continuidades y critica la interpretación marxista clásica tal como se enseña en La Sorbona, desde la cátedra de historia de la Revolución fundada en 1891.

Furet cuestiona el «determinismo» de las clases y postula la idea de tres revoluciones paralelas y simultáneas (revolución burguesa, sublevación campesina y revolución aristocrática), pero que responderían a determinaciones distintas y autónomas.

Según Hobsbawm, sus argumentos revisionistas no son muy originales. Pueden remontarse a los estudios que, en 1955, comenzó el historiador británico Alfred Cobban (1901-1968) contra el concepto de revolución, entendida como «revolución burguesa». En esa oportunidad, su tesis mereció la respuesta de G. Lefebvre.

Hobsbawm, además, impugna la honestidad intelectual de Cobban, quien durante la guerra fría no dudó en denunciar a su propio alumno George Rudé, cuya carrera académica no pudo continuar en el Reino Unido, sino en Australia y en Canadá.

Por otra parte, demuestra que la versión revisionista dirige sus argumentos, a través del rodeo de 1789, contra la Revolución rusa de 1917; es decir, sostiene la idea de que los jacobinos franceses fueron los ancestros del partido revolucionario de vanguardia. Los revisionistas terminan criticando a M. Robespierre a la luz de Stalin o Mao Tsé-Tung (1893-1976).

En su obra *Pensar la Revolución Francesa*, el historiador François Furet no haría entonces más que retomar las tesis y los argumentos de Cobban.

La historiografía académica en Francia. La versión canónica sobre la Gran Revolución que domina la historiografía fran-

cesa hasta 1950, es republicana, demócrata y apasionada por la herencia jacobina. Está representada, fundamentalmente, por las obras de:

- Albert Mathiez (1874-¿?).
- Ernest Labrousse (1895-1988), historiador marxista que estudió la crisis económica del antiguo régimen
- George Lefebvre (1874-1959), quien ocupa la cátedra de historia de la Revolución en 1937.

Es una historia con un sesgo social y económico; además, es una «historia desde abajo». Este término fue acuñado originariamente por Lefebvre, cuyos títulos clásicos fueron *El gran pánico de 1789* y *Ochenta y nueve* (publicado en 1939). Su discípulo Albert Soboul (1914-1982) también practicó esta historia de la gente corriente en la Revolución, por eso estudió a los *sans-culottes* parisienses. Soboul ocupa la cátedra en La Sorbona hasta 1982, promulgada luego por el historiador comunista Michel Vovelle (1933-¿?).

Eric Hobsbawm destaca la rica producción historiográfica en Francia durante el gobierno del Frente Popular (por ejemplo, el historiador Ernest Labrousse fue jefe de gabinete de Léon Blum). En ese momento se fusionaron las tradiciones republicana, jacobina y comunista, puesto que el Frente Popular, y luego la Resistencia, convirtieron al Partido Comunista en la principal organización de la izquierda francesa.

Hobsbawm sostiene que el ataque revisionista a la Revolución es una reacción historiográfica contra la tradición ca-

nónica y fundamentalmente un ajuste de cuentas con el marxismo que, hasta 1968, ejerció su hegemonía intelectual en Francia. La Revolución de 1789, y especialmente el jacobinismo, fueron la imagen sobre la que se formó la izquierda francesa.

En los años ochenta, señala Hobsbawm, la izquierda marxista tocaba retirada ideológica y política. La Revolución Francesa sería una de las víctimas de este proceso.

Eric Hobsbawm advierte que se trata de algo más que meras cuestiones académicas: en el capítulo *Sobrevivir al revisionismo*, atribuye razones estrictamente políticas a las modas contemporáneas de análisis, que conciben:

- La historia como retórica.
- La revolución como simbolismo.
- La noción posmoderna de la deconstrucción, que postula a toda verdad como provisional, situada y relativa.

Historia y posmodernidad. Como sucede en la actual moda posmoderna en la antropología y en la historia social, la retirada es tanto epistemológica (pone en duda la posibilidad de un conocimiento objetivo y una interpretación unificada) como política. La abdicación de la autoridad del autor para interpretar se justifica con el doble propósito de evitar las categorías occidentales (en la explicación) y recuperar «la realidad vivida» de la gente en su pasado a través de la narrativa (eludiendo la verdad de los hechos). Como señala Hobsbawm, esta última pretensión carece de sentido, a menos que haya un

acuerdo previo sobre qué fragmentos de una infinita «realidad vivida» estamos hablando.

Lo que investigan los historiadores es real, afirma Hobsbawm. Así, polemiza contra las corrientes posmodernas que niegan toda posibilidad de verificación y acentúan la idea de construcción del pasado. La historia es «el pasado social formalizado». Siempre conlleva y presupone una selección. Pero el historiador puede contribuir a la comprensión de la sociedad contemporánea y aportar una perspectiva totalizadora. No puede —¡ni debe!— renunciar a la explicación y a la generalización.

Historia de las clases subalternas

Historia social. Eric Hobsbawm y la historiografía anglosajona han dado especial atención al estudio de las clases subalternas y sus expresiones de protesta. En este plano, la influencia de los aportes teóricos de Antonio Gramsci ha sido fundamental para abordar la historia social. Con ella se inicia una tradición de estudios vinculados a la cultura y a la noción gramsciana de hegemonía (que permite comprender la complejidad de la dominación burguesa sobre las clases subalternas).

Las investigaciones han apuntado dos aspectos:

1. Los movimientos revolucionarios y obreros europeos.
2. Los movimientos de liberación nacional en los países subdesarrollados y periféricos.

Como señala Hobsbawm, el problema histórico de las clases subalternas surge por la existencia de clases y la opresión de clases.

- Antes del nacimiento del proletariado y del movimiento socialista, una característica de las clases subalternas (como las revueltas campesinas) era su incapacidad para construir una alternativa social eficaz. La historia de los grupos subalternos era, necesariamente, disgregada y episódica.
- Previamente a la época capitalista, sus movimientos estuvieron destinados al fracaso. No tendían a derribar totalmente la sociedad existente y a sustituirla por otra completamente nueva.
- Los movimientos milenaristas o mesiánicos son ejemplos de estos movimientos de las clases subalternas precapitalistas. Tienen capacidad de resistencia, y desarrollan en ocasiones un activismo, pero su debilidad reside en que más tarde o más temprano entran en una pasividad y aceptación tácita de las condiciones sociales existentes. Citando a Gramsci: «Son un perpetuo fermento, como una masa incapaz de llegar a una expresión centralizada de las propias necesidades y de las propias aspiraciones.»

El bandolerismo social. Junto con los movimientos de carácter milenario y las turbas urbanas de la era preindustrial, Hobsbawm recupera para la historia todas estas formas «primitivas» o arcaicas de agitación social de la Europa moderna. Habitualmente, han sido vistas como formas precursoras o

como reliquias del pasado. Hobsbawm las califica de movimientos prepolíticos, que están familiarizados con el Estado y en los que predominan los vínculos de solidaridad en base al parentesco.

Define al bandolerismo como «un fenómeno de protesta endémica del campesino contra la opresión y la pobreza». El bandolerismo carece de organización y de ideología, y expresa un grito de venganza contra las arbitrariedades del rico y los opresores en una sociedad campesina. En su obra *Rebeldes primitivos* aparecen estudios sobre los anarquistas andaluces, los bandoleros sicilianos, las sectas obreras británicas, la mafia y los movimientos agrarios en Perú y Colombia. También destaca que estas formas de rebelión primitivas son propias de las sociedades «tradicionales», pero tienen una larga tradición y pueden aparecer en movimientos que se enfrentan a situaciones nuevas, como los procesos de modernización.

T E R C E R A P A R T E

Las eras de Hobsbawm

Pensar la contemporaneidad. Hobsbawn ha profundizado, fundamentalmente en los dos últimos siglos de la historia contemporánea, para la que propone una original periodización.

Como historiador del «largo siglo XIX» (1789-1914), que comenzaría con la Revolución Francesa y se extendería hasta el estallido de la Primera Guerra Mundial, nos introduce en esa Europa sometida el nuevo ritmo de las transformaciones que el capitalismo imprime a todo el planeta.

Su *Historia del siglo XIX* fue proyectada como parte de una historia de la civilización, que su editor le encargara en 1958. Desde su argumento inicial, estuvo dirigida a un público de lectores no especializados; por eso su prosa es ágil, amena y fácilmente comprensible. Finalmente, aparece publicada en tres volúmenes:

—*La era de la revolución (1789-1848).*

—*La era del capital (1848-1875).*

—*La era del imperio (1875-1914).*

La trilogía clásica de Hobsbawm expresa una perspectiva original y se propone «comprender y explicar» el período como un todo.

El autor proporciona un amplio panorama del siglo XIX, cuyo gran acontecimiento es la creación de una economía global que penetra de forma progresiva en los rincones más remotos del mundo. Su relato no es una mera narración o una exposición sistemática; más bien puede ser leído como el desarrollo de un argumento original.

Crítico, desmitificador de esa civilización burguesa confiada en el progreso (siempre continuo y presumiblemente ilimitado...), demoledor de la llamada *belle époque* y de la utopía liberal, Hobsbawm destaca las dificultades derivadas de las contradicciones de ese progreso que estallarían en 1914. Historiador atento a las rupturas y discontinuidades, señala que la era dorada «llevaba en su seno, inevitablemente, el embrión de la era de guerra, revolución y crisis que le puso fin».

La era de la revolución. Este primer volumen, publicado en 1962, analiza las revoluciones burguesas en Europa:

- La transformación industrial en Inglaterra.
- La Revolución Francesa.
- Los movimientos revolucionarios europeo de 1848.

Las insurrecciones de 1848, señala Hobsbawm, amenazaron el victorioso orden burgués y, aunque fracasaron, instalaron en todos los Estados europeos el miedo a la revolución so-

cial. Demostraron que detrás de la burguesía estaban las masas, siempre dispuestas a convertir en sociales las revoluciones liberales moderadas. La inflexión de 1848 marcaría en Europa el retroceso de la revolución política —inaugurada en 1789— y el avance exclusivo de la revolución industrial. El capitalismo de 1848, lejos de estar en los últimos suspiros, apenas estaba por ingresar en una etapa de gran expansión.

La era del capital. Este segundo volumen abarca el período de ascenso del capitalismo de libre competencia. Es la época del predominio de una burguesía que, como clase, forja un mundo a «su imagen y semejanza». Esta etapa «dorada» de progreso continuo significó una catástrofe para millones de pobres transportados al Nuevo Mundo y para los pueblos de otros continentes, que sufrieron la conquista de Occidente. Hobsbawm interpreta de este modo el mundo de la burguesía triunfante, «la era liberal», que se inicia con una revolución fracasada (1848) y termina en una prolongada depresión (1873-1896). En este volumen, el autor introduce una perspectiva atenta a las nuevas fuerzas sociales surgidas en Europa y, como el reverso de la historia, destaca la visión de los perdedores (como titula a uno de los capítulos): los pueblos que fueron víctimas de la intromisión de las potencias europeas. Adopta la visión de los que luchan, la de los movimientos surgidos para derrocar a la sociedad burguesa. Analiza la aparición de la I Internacional de los trabajadores, a los teóricos críticos del capitalismo (Karl Marx publica en este período su obra más importante, *El Capital*) y propone un ca-

lance de las revoluciones sociales: los fallidos acontecimientos de 1848 y la Comuna de París.

La era del imperio. El tercer volumen de esta trilogía estudia la formación y apogeo de los imperios coloniales (la era del imperialismo que se extiende hasta la Primera Guerra Mundial). La Gran Depresión de 1873 inició esta etapa imperial. Dos grandes zonas del mundo fueron totalmente repartidas: África y el Pacífico. Se impuso el control financiero de los países débiles que, presionados para cumplir con sus deudas, se convirtieron en protectorados.

Además, con la aparición tanto de Alemania como de Estados Unidos, se termina el monopolio británico del mundo desarrollado. La depresión hizo de ellos economías rivales y en fuerte competencia. Nace la «era posliberal», como la denomina Hobsbawm.

También aparecieron los movimientos socialistas y revolucionarios de los trabajadores, que exigieron el derrocamiento del capitalismo.

La era de la «doble revolución»

La política y la industria. Si el siglo XIX constituye, para Hobsbawm, un campo de estudio histórico privilegiado, lo es sin duda por las repercusiones de la «doble revolución»: la Revolución en Francia y la Revolución Industrial británica: ambas inauguran la época de nacimiento y expansión de la sociedad burguesa.

Este doble hito tuvo las siguiente características:

- La transformación industrial en Inglaterra impulsó la capacidad ilimitada de la producción capitalista.
- La Revolución Francesa estableció el modelo de las instituciones políticas liberales, que se extendieron en el contexto europeo y también en América.
- La Revolución Francesa dominó la historia, el lenguaje y el simbolismo de la política occidental desde su comienzo hasta la Primera Guerra Mundial. Se vio a sí misma como un fenómeno global y, como modelo, tuvo conciencia de su dimensión ecuménica. El proceso revolucionario (en sus distintas fases) proporcionó el vocabulario y los programas de los partidos liberales, radicales y democráticos de la mayor parte del mundo.

En *La era de la revolución*, Hobsbawm desarrolla las repercusiones de esta doble revolución que supuso la más profunda transformación de la historia humana.

El ascenso del capitalismo industrial

Cataclismos y rupturas. Eric Hobsbawm nos introduce en el siglo XIX, el siglo que transformó el mundo y creó la historia universal (un período que interesa especialmente al historiador, cuyo objeto de estudio es el cambio social). Durante este siglo todas las grandes potencias registraron una o más discontinuidades repentinas, cataclismos y rupturas históricas. La gente, señala Hobsbawm, se vio a sí misma como viviendo una era de revolución, y todos los observadores contemporáneos fueron conscientes de la velocidad de estas transfor-

maciones. También es el momento en que se incorporan al vocabulario económico y político nuevos términos, como

- Capitalismo.
- Socialismo.
- Revolución Industrial.
- Proletariado.
- Industriales (concepto acuñado por Saint-Simon).
- Imperialismo.

Sociología y materialismo histórico. En esta época nace la sociología como el último producto de las ciencias sociales, preocupada profundamente por «la cuestión social». Los llamados «padres fundadores» (Saint-Simon y Auguste Comte) orientaron las reflexiones de esta disciplina a legitimar el orden de las nuevas sociedades industriales. En forma paralela nace la concepción materialista de la historia (Karl Marx y Friedrich Engels) que, como contraposición crítica de la emergente sociología, propone una reflexión sobre la misma «cuestión social», pero en este caso cuestionando el orden y legitimando la rebelión contra ese orden.

Hobsbawm periodiza el siglo en tres épocas, signadas por los términos:

- Revolución.
- Capital.
- Imperio.

Lo interesante es el contrapunto entre el avance económico arrollador del capitalismo (esa imagen optimista y confiada de la burguesía), que describen todas las obras de historia económica, y la realidad de la lucha de clases, que Hobsbawm introduce como clave de su interpretación histórica. De ahí su enfoque de las revoluciones de 1848, las organizaciones de los trabajadores, el surgimiento del movimiento socialista, la lucha por el sufragio universal y las democracias electorales, la revolución social, la dominación y la lucha de los pueblos coloniales.

Industrialización y miseria popular. Como historiador del «largo siglo XIX», Hobsbawm está interesado en las transformaciones económicas y sociales que impuso el avance del capitalismo a escala mundial.

Entre 1780 y 1815, el Reino Unido mantuvo el monopolio de la industrialización y de las relaciones con el mundo no europeo. Su economía se basó en la expansión del comercio internacional y dependió cada vez más de las importaciones del algodón. Este pionero modelo industrial se impuso con una fuerte dependencia del mercado exterior.

La Revolución Industrial desarrolló en torno a Inglaterra un sistema de zonas coloniales y semicoloniales (un imperio formal e informal), pero también transformó la vida de los hombres de un modo irreconocible. En *Industria e imperio* (importante obra de referencia), Hobsbawm destaca los aspectos sociales de esta historia económica británica. Su preocupación se centra en los resultados humanos de la revolu-

ción, es decir, las tensiones cualitativas que oprimieron a los trabajadores de las primeras generaciones industriales. La pauperización social y la destrucción de las viejas formas de vida afectó a millones de personas (en las que incluye la miseria de los campesinos irlandeses, los jornaleros agrícolas y los artesanos desplazados por el progreso técnico) que no contaban con ningún sustituto alentador.

El «progreso» y sus víctimas. Es en este terreno de la historia social donde Hobsbawm aporta sus investigaciones sobre el descontento que surgió en el Reino Unido a partir de 1815, para hablar del carácter «catastrófico» de la Revolución Industrial desde la perspectiva de las víctimas del progreso. La intranquilidad económica se combinó en las zonas urbanas e industriales con la ideología política. En forma sucesiva, esto originó:

- El surgimiento del cooperativismo.
- La aparición del movimiento ludista (que promovía la destrucción de máquinas).
- La organización del cartismo (germen del primer partido proletario británico).
- La consolidación de los sindicatos, aceptados y reconocidos oficialmente en el Reino Unido hacia 1870.

Después de la Gran Depresión de 1873 se organizaron los partidos socialistas obreros en Europa Occidental y, en 1900, nace el Partido Laborista británico.

Los destructores de máquinas. En un artículo clásico publicado en la revista *Past and Present* (1952), Hobsbawm polemiza con la tesis tradicional sobre el ludismo, el movimiento de los obreros cualificados británicos que procedió a la destrucción de los telares mecánicos y las máquinas «ladronas de trabajo». A principios del siglo XIX, ésta fue una expresión de protesta en los talleres donde la mecanización representó una verdadera amenaza para el oficio del tejedor manual.

Sin embargo, muchos autores concibieron al ludismo como una *jacquerie* industrial «inútil y alocada», destacando que el movimiento obrero incipiente «no era consciente» de lo que estaba haciendo, sino que se limitaba a reaccionar ciegamente y a tientos ante la presión de la miseria.

Hobsbawm considera errónea esta interpretación, porque supone una determinada concepción acerca de la introducción de la maquinaria y del movimiento obrero. El supuesto de esa lectura tradicional sobre este movimiento consiste en creer que los trabajadores deben aprender a aceptar las «verdades económicas» (el progreso técnico como tal) y que el método de destruir las máquinas no era eficaz.

—Hobsbawm sostiene la tesis de que el ludismo, como forma inicial de lucha obrera, no siempre condujo al fracaso. Piensa que no se debe subestimar su poder, que residía justamente en la destrucción de máquinas, en el amotinamiento y en la destrucción de la propiedad en general (contra la materia prima, el producto terminado o contra la propiedad privada de los patrones).

- Los ataques contra la maquinaria constituían un medio normal de presión sobre los patrones, para obtener concesiones respecto a los salarios o para mantener las condiciones laborales.
- Este tipo de destrucción («negociación colectiva a través del motín») fue un aspecto del conflicto industrial en el período del sistema doméstico y manufacturero, y en las primeras etapas de la fábrica y la mina.
- La destrucción de la propiedad (estropeando la lana, cortando los paños de los telares o destrucción de los bastidores) o la amenaza de destrucción resultaban muy efectivas.

Según Hobsbawm, el ludismo y el sabotaje fueron adecuados para esta etapa de la guerra industrial, antes de la existencia de un sindicalismo nacional y de las huelgas ordenadas.

Abajo el rey, todos somos iguales. En *La era de la revolución*, Eric Hobsbawm aborda el estudio del proceso revolucionario francés, y en *Los ecos de La Marsellesa* (1989) nos introduce en el debate historiográfico con el revisionismo. Allí analiza no a la propia Revolución, sino más bien a la historia de su recepción e interpretación en los siglos XIX y XX; no tanto lo que sucedió, sino preferentemente cómo se decodificó e interpretó lo que sucedió.

La Revolución Francesa dominó la historia, el lenguaje y el simbolismo de la política occidental desde su comienzo y durante todo el largo siglo XIX.

Su legado incluye desde los códigos legales hasta la bandera tricolor, que proporcionó el modelo para la mayoría de las banderas de los Estados. El régimen jacobino (1793-1794) aprobó una nueva Constitución republicana radicalizada, que ofreció al pueblo el sufragio universal, abolió los derechos feudales aún existentes y la esclavitud en las colonias francesas (esta medida generó en América la heroica lucha de los esclavos por su independencia social y nacional en Haití, colonia que no pudo ser reconquistada por Napoleón). A partir de la Revolución Francesa (y el proceso que ella desencadena), todos los gobiernos europeos tuvieron que afrontar las consecuencias imprevistas y perturbadoras de la democratización, la irrupción de las masas en la política o, más aún, la evolución de la sociedad burguesa, que parecía desembocar en otro tipo de sociedad.

La Revolución y sus herederos. La Gran Revolución de 1789-1794 representó un paradigma y un punto de referencia para quienes luchaban por la transformación fundamental de las relaciones sociales (revolución social). Inspirados por este modelo francés, los nuevos movimientos sociales de la clase obrera de los países industrializados asumieron la ideología y el lenguaje de la Revolución a lo largo de diversos procesos: 1830, 1848 y 1871. *La Marsellesa* (en diversas adaptaciones) fue el himno de los socialdemócratas alemanes antes de adoptar *La Internacional*. Los socialdemócratas austríacos utilizaban el gorro frigio y la consigna «Igualdad, Libertad y Fraternidad» en sus distintivos del Primero de Mayo. Los revolucionarios so-

ciales, como el propio Karl Marx —señala Hobsbawm—, vincularon a los jacobinos con la tradición proletaria en su análisis de la Comuna de París. La burguesía había ganado su libertad y la revolución ya no formaba parte de sus programas políticos. Pero la libertad del pueblo era sólo nominal, de modo que éste sí precisaba su propia revolución. Hobsbawm destaca que los observadores más lúcidos del siglo XIX vieron la lucha de clases, entre la nueva clase dirigente burguesa y el proletariado, como la clave principal de la historia capitalista, del mismo modo que la burguesía había realizado su propia contienda contra el feudalismo.

Jacobinismo y vanguardia. El jacobinismo, señala Hobsbawm, parece ser la clave de las insurrecciones de 1848. Entendido como un fenómeno político que permitía empujar la revolución mediante una vanguardia política, y que la revolución «saltara» en lugar de caminar, alcanzando en cinco años lo que requería varias décadas debido a las timoratas y excesivamente conciliadoras concepciones de la burguesía. Hobsbawm introduce en su análisis la tradición que Marx inicia con sus reflexiones acerca de la posibilidad de transformar el carácter de la revolución más allá de la burguesía, y que más tarde continúa con Lenin y los revolucionarios rusos. La fórmula política de la «revolución permanente» —empleada por Marx en 1850— indicaba esta posibilidad de transformar la revolución burguesa en algo más radical que la excediera y la terminara superando. Hobsbawm destaca, además, el aporte posterior de Antonio Gramsci sobre el ja-

cobinismo y reproduce sus reflexiones (pasajes de sus *Cuadernos de la cárcel*) como apéndice de su obra *Los ecos de La Marsellesa*.

La interpretación gramsciana del fenómeno jacobino lo vincula a su función de partido dirigente (de vanguardia): «Se impusieron a la burguesía francesa conduciéndola a una posición mucho más avanzada.» Gramsci define al jacobinismo como el grupo de hombres resueltos a forzar la situación mediante una política de acción enérgica, despertando a las fuerzas populares para unir las al impulso de la burguesía que, al conducir las, hacen de ella una clase dirigente hegemónica. Al mismo tiempo, Gramsci marca los límites clasistas del jacobinismo, que se mantiene siempre en el terreno de la burguesía.

La primavera de la lucha de clases. Eric Hobsbawm aborda, en *La era del capital* (1848-1875), las insurrecciones de 1848, que tuvieron una amplitud continental y estallaron tanto en las zonas desarrolladas como en las atrasadas de Europa. «Esta primavera de los pueblos», según Hobsbawm, es indicadora de la contienda de clases que motorizó la historia del «largo siglo XIX».

Temerosa y antidemocrática, la burguesía pensaba que el sufragio universal y el parlamentarismo eran el preludio seguro del socialismo.

Las revoluciones de 1848 fracasaron. Los revolucionarios fueron desperdigados en los exilios y las víctimas se contaron en miles (sólo para Francia, Hobsbawm contabiliza tres mil

muertos y doce mil deportados; éstos, casi todos, a los campos de concentración de la colonia argelina). Se prohibieron legalmente los sindicatos y las huelgas en casi toda Europa.

El invierno de la dominación burguesa. El fracaso de estas revoluciones y la subsiguiente década de expansión económica no causó tanto la destrucción como la decapitación del movimiento obrero. Los teóricos socialistas se hallaban en la cárcel, como Auguste Blanqui, o en el exilio, como Karl Marx y Louis Blanc. Aunque derrotadas, estas revoluciones de 1848 se transformaron en el paradigma de la revolución mundial. Eric Hobsbawm destaca algunas de sus características:

- Fueron revoluciones de los trabajadores pobres.
- La burguesía, implicada en la revolución, dejó de ser una fuerza revolucionaria para unirse a los conservadores y los «partidos del orden», que emergieron en el contexto de insurrección.
- En 1848 la clase obrera careció de organización, de madurez política e ideológica y de dirigentes. Por su juventud e inmadurez (apenas tenía conciencia de clase), era una clase en formación. Hasta los sindicatos estaban en subdesarrollo. El grupo activista políticamente más conciente estuvo representado por los artesanos preindustriales.
- Señalaron el final de la monarquía absoluta en Europa Occidental; ésta fue su mayor innovación (en Alemania e Italia).

El «drama del progreso»

El «progreso» de los vencedores. En *La era del capital*, Hobsbawm interpreta el mundo de la burguesía triunfante, «la era liberal», como la edad de oro del crecimiento capitalista.

El progreso, palabra clave de la época («segura de sí misma, autosatisfecha, inevitable»), es sólo una metáfora. Significó, señala Hobsbawm, un cataclismo para millones de pobres. Aquella época es, además, el momento de las mayores migraciones humanas de la historia: entre 1848 y 1875 nueve millones de personas abandonaron Europa, la mayoría en dirección a Estados Unidos, pero también a Australia y Argentina. El progreso supuso vencedores y víctimas. Aquí, el historiador marxista expresa su disgusto, «quizás un cierto desprecio», porque simplemente no se puede ser «objetivo» respecto al período, sino sentir una posición.

La extraordinaria expansión económica se prolongó entre 1848 y la crisis de 1873: «El mundo se hizo capitalista y una significativa minoría de países desarrollados se convirtieron en economías industriales.»

La fórmula de este crecimiento fue el liberalismo económico. Su «logro supremo»: las ferias internacionales que exponían el progreso técnico, el ferrocarril y también el barco a vapor y el telégrafo. Esas ferias representaban un símbolo de autocomplacencia.

Atento a las consecuencias políticas de este *boom* económico, Hobsbawm señala que hizo naufragar las esperanzas de los revolucionarios, decapitó al movimiento obrero y dio un res-

piro a las monarquías restauradas (como ya hemos mencionado, después de 1848 se prohibieron legalmente los sindicatos y las huelgas en casi toda Europa, a excepción del Reino Unido). Aunque nace la Asociación Internacional de Trabajadores, la I Internacional fundada en Londres (1864-1872) y liderada por Marx y Engels, ésta no logró generar partidos de la clase obrera pero sí pudo impulsar al sindicalismo socialista y marxista.

Arriba los pobres del mundo. La I Internacional surgió en Londres organizada por dirigentes sindicalistas británicos y viejos revolucionarios emigrados del continente (Marx, Engels, Bakunin, etc.) para desarrollar el sindicalismo del movimiento obrero en Europa. Su lucha combinó la inquietud por la reforma electoral y las campañas concretas de solidaridad internacional:

- Con Garibaldi y la izquierda italiana en 1864.
- Con Abraham Lincoln en la guerra civil norteamericana.
- Con el pueblo polaco por su independencia.
- Con la lucha anticolonialista de Irlanda.

Hobsbawm señala que la I Internacional no se propuso como estrategia la insurrección, pues no planeaba la inmediata revolución del proletariado. Después de 1848, la revolución desapareció del horizonte político europeo. Durante el período en que estuvo vigente la Internacional (se disuelve en 1872), el único intento revolucionario fue la Comuna de Pa-

rís, en 1871 (que no fue creada por ella). Esta experiencia duró apenas dos meses y fue un gobierno insurrecto en una sola ciudad, que terminó, mediante una represión sangrienta, con 43.000 detenidos, 10.000 condenados y 17.000 muertos. A pesar de todo, Marx y la Internacional saludaron con ardor y entusiasmo esta insurrección proletaria que, en palabras del autor de *El Capital*, fue «valiente y heroica hasta la locura» y se animó a «tomar el cielo por asalto».

Por entonces, la prensa europea agitó el miedo y la amenaza de revolución, y éste fue uno de los motivos que llevaron a la alianza de los tres emperadores (Alemania, Austria y Rusia) en 1873. La I Internacional se traslada a Estados Unidos y, finalmente, se disuelve por disputas ideológicas (entre Marx, Engels y los anarquistas), principalmente porque después de la Comuna el movimiento obrero francés queda desarticulado y la mayoría de sus dirigentes fueron ejecutados o deportados.

Tradiciones inventadas. Las profundas y rápidas transformaciones del siglo XIX tuvieron otro efecto que preocupan al historiador: el de romper los mecanismos de cohesión y las identidades que estructuraban las relaciones sociales. Hobsbawm destaca este contraste, por un lado, entre el cambio constante y la innovación del mundo industrial y, por otro, «la necesidad de estructurar algunas partes de la vida social».

Rotos los lazos sociales de un orden tradicional, era necesario crear una legitimidad para los nuevos sistemas de dominación política o social. Durante el siglo XIX, la burguesía

triunfante en todos los Estados europeos se encontraba ante la cuestión de gobernar por medio de una democracia política pero bajo la amenaza permanente de la revolución social (especialmente en el caso francés) y las demandas de un movimiento obrero organizado. Como señala Hobsbawm en *La invención de la tradición*, desde la Revolución Industrial las sociedades se han visto obligadas a inventar, sustituir o desarrollar nuevas redes de convenciones, valores y prácticas simbólicas. Es decir, crear lo que el historiador británico denomina «tradiciones inventadas». La ideología liberal fracasó sistemáticamente al no suministrar los lazos sociales y de autoridad que se daban por supuestos en anteriores sociedades. De este modo, se crearon vacíos que debieron llenarse con prácticas rituales inventadas que simbolizaran la pertenencia a comunidades reales o artificiales (como la nación o la ciudadanía) y con un discurso creado a medida (las «historias nacionales» que se institucionalizan en el siglo XIX).

La burguesía liberal enfrentó el problema de cómo «transformar campesinos en franceses o británicos», es decir, el de quebrar identidades de clase en función de una definición civil de las personas en tanto integrantes de un estado-nación. Era necesario constituir una «religión cívica» e inventar tradiciones nuevas con el fin de conseguir la estabilidad social y la neutralización de toda insurgencia.

La era del imperio

Depresión y monopolios. La crisis de 1873-1896 fue el equivalente victoriano del colapso de Wall Street en 1929.

Según Hobsbawm, marcó el fin de la «era liberal», del *manchesterismo* o libre comercio británico, para dar paso a la concentración económica de los cárteles, trusts y monopolios.

En el sector «desarrollado» del mundo, la crisis de 1873 significó para la economía un cambio de ritmo. La respuesta a esta crisis radicó en una combinación de concentración económica y la llamada «gestión científica del trabajo», racionalización o taylorismo, que intentaba ampliar los márgenes de beneficios reducidos por la competencia y la caída de los precios.

Todos juntos por el botín. Hubo una tendencia a abandonar la competencia ilimitada e implantar la cooperación de los capitalistas (a través de las fusiones, acuerdos de precios y reparto de mercados). La formación de monopolios u oligopolios se desarrolló, primero, en las industrias pesadas, donde la concentración avanzó a expensas de la libre competencia. La «mano visible» de las corporaciones sustituyó a la «mano invisible» del mercado anónimo postulado por Adam Smith.

También la gestión científica del trabajo fue el fruto del período de la Gran Depresión. Su fundador, Frederick Wilson Taylor (1856-1915), comenzó a desarrollar sus ideas en la industria del acero norteamericana a partir de 1880.

Para el caso británico, la tesis de Hobsbawm (desarrollada en *Industria e imperio*) sostiene que este país pionero sale de la Gran Depresión explotando su situación tradicional, es decir, su imperio. El Reino Unido tendió a apoyarse en los préstamos, en el comercio y las transacciones (finanzas) con las colonias, es decir, aprovechó sus ventajas históricas acu-

muladas con el mundo subdesarrollado. Como potencia comercial y fuente de préstamos, aumentó sus inversiones en el extranjero. Pero dejó de ser una economía industrial competitiva (abandonó el mercado europeo) y se convirtió en una «economía parasitaria» que vivía de los restos de su monopolio mundial.

Trabajadores del mundo. Hobsbawm estudia, como efecto de la Gran Depresión de 1873, la aparición de los movimientos socialistas y revolucionarios de los trabajadores, que exigieron el derrocamiento del capitalismo. La presencia del proletariado se hizo cada vez más evidente a escala europea y sus filas se engrosaron a partir de dos grandes reservas de mano de obra preindustrial: el campesinado y la artesanía.

Aunque Hobsbawm señala que, excepto en el Reino Unido, el proletariado no constituyó la mayoría de la población. Si bien el campesinado estaba destinado a desaparecer en Europa Occidental (como afirmaban los marxistas), esto no ocurriría hasta la segunda mitad del siglo XX.

En la mayor parte de Europa el movimiento sindicalista surgió durante el período de la I Internacional (1864-1872) y al mando, principalmente, de los socialistas.

El sector clave fue el transporte por vía férrea y el marítimo. Las huelgas de estos trabajadores tendían a convertirse en paros generales que paralizaban la economía.

Partido proletario y democracia para todos. Además, el proletariado adquirió una creciente conciencia y se organizó

políticamente como clase: luchó por la ampliación del sufragio y por el derecho de voto del ciudadano sin propiedades. Hobsbawm sostiene la tesis de que el nuevo movimiento obrero fue, con frecuencia, la fuerza más importante en el proceso de democratización de los Estados europeos durante el siglo XIX; es decir, surgieron los partidos de masas (socialdemócratas) basados en los trabajadores, inspirados en su mayor parte por la ideología socialista, y organizaron huelgas generales por la ampliación del voto.

Aunque el progreso de la organización de clase fue desigual, el más desarrollado fue el poderoso Partido Socialdemócrata alemán, unificado en 1875. Obtuvo un apoyo masivo cuando el canciller Otto von Bismarck concedió en Alemania el sufragio universal y, en 1877, el voto socialista alcanzó el medio millón. Con el fracaso de los movimientos de 1848 y desde 1890, la idea de un colapso inminente del capitalismo parecía absolutamente inverosímil, y la revolución social también. Floreció entonces el sindicalismo revolucionario y las demandas de mejoras y reformas inmediatas.

Adiós al liberalismo. En este período, que Hobsbawm extiende hasta 1914, la economía capitalista cambia en cuatro aspectos:

1. Desarrolla una nueva era tecnológica y nuevas fuentes de *energía*.
2. El modelo de crecimiento ya no se basará en el mercado exterior (modelo británico), sino en el mercado interno,

según el modelo iniciado en Estados Unidos con el sistema de la producción en serie.

3. Termina el monopolio británico por la competencia internacional entre las economías industriales británica, alemana y norteamericana.
4. Comienza la era imperialista, un nuevo patrón de desarrollo-dependencia que se extiende hasta 1930.

Imperialismo, fase superior del capitalismo. El término imperialismo se incorporó al vocabulario periodístico durante la década de 1890, en el curso de los debates que se desarrollaron sobre la conquista colonial. Como señala Eric Hobsbawm, el fenómeno era de naturaleza totalmente nueva, y el neologismo se generalizó.

El texto contemporáneo básico sobre el imperialismo es el de J. A. Hobson (un liberal británico). El término no aparece en los escritos de Karl Marx, que falleció en 1883.

Fue Vladimir Illich Lenin (1870-1924) quien formuló la tesis de que el imperialismo tenía raíces económicas en una nueva fase específica del capitalismo. Los análisis no marxistas establecieron conclusiones opuestas: negaban la conexión con el capitalismo, rechazando las explicaciones económicas y concentrándose en los aspectos ideológicos, políticos y culturales.

Hobsbawm indica que este nuevo tipo de imperialismo debe distinguirse de los antiguos imperios obsoletos, preburgueses. Por eso marca el fin de la era imperial de esa centuria burguesa, que desestabilizó su periferia minando las

viejas estructuras económicas y destruyendo la viabilidad de los regímenes políticos tradicionales, como las autocracias absolutistas:

- Los imperios antiguos en China.
- El de la Rusia zarista.
- El de los Habsburgo.
- El imperio turco.

El *imperialismo informal* —síntesis combinada de independencia jurídica decorativa y dependencia económica—, prevaleciente después de la Segunda Guerra Mundial, recibiría el nuevo nombre de «neocolonialismo».

Zapata vive, la lucha sigue. En *La era del imperio* —el historiador atento a las convulsiones fuera del ámbito europeo— destaca el significado de la revolución social que estalla en México en 1910. Acontecimiento que Hobsbawm analiza en el capítulo «Hacia la revolución» y compara con el estallido de la Revolución rusa.

El levantamiento social en México fue el primero en un país agrario del Tercer Mundo dependiente y surgió, sin duda, de las contradicciones del mundo imperialista. «Pobre México, tan lejos de Dios y tan cerca de los Estados Unidos», expresó el derrocado dictador Porfirio Díaz, cuyo régimen había facilitado las masivas inversiones extranjeras. Hobsbawm interpreta la revolución social en México —liderada por los campesinos Emiliano Zapata y Francisco Villa— como un

proceso ligado estrechamente al imperialismo económico norteamericano. La expansión imperial no era inaceptable para las propias clases dirigentes nativas, en la medida que se trataba de una fuerza modernizadora. El tendido del ferrocarril y las plantaciones de exportación, símbolos de este progreso de la era imperial, implicaron el despojo de las tierras a las comunidades campesinas. Las zonas campesinas afectadas se convertirán en el núcleo de una revolución agraria.

El proceso mexicano, que se extiende hasta la década de los años treinta, se vería eclipsado por los acontecimientos ocurridos en Rusia; sin embargo, esta revolución social armada reviste una gran trascendencia:

- Por la participación de la masa de trabajadores, que desempeñó un papel protagonista.
- Porque estalla en una época en que los pueblos de los imperios coloniales todavía no parecían amenazar a los gobiernos imperialistas.

Hobsbawm nos invita a abandonar la mirada eurocentrista, enfocando los procesos desde otros ámbitos y pueblos que padecieron la era imperial.

Hobsbawm y su tesis sobre el siglo xx

Norteamericano, extraordinario y terrible. El año 1914 indica el final del «siglo XIX largo». Hobsbawm destaca que la revolución, cuyo recuerdo domina el mundo, no será a partir de entonces la Revolución Francesa de 1789, sino la Revolu-

ción rusa de 1917. El largo proceso decimonónico desembocaría en el «corto siglo XX».

El siglo XX fue breve pero al mismo tiempo el «más extraordinario y terrible». Basta recordar que antes de que transcurriera su primera mitad, Europa había sufrido dos guerras mundiales. Comenzó en Sarajevo y terminó exactamente como comenzó, también en Sarajevo, con la descomposición de Europa del Este. Fue el siglo de la hegemonía de Estados Unidos de América (la «era americana»). Hegemonía que se desarrolló en una dimensión más amplia, en términos de civilización o dominación cultural que el poderío del Reino Unido durante el siglo XIX.

Hobsbawm nos introduce, en su *Historia del siglo XX*, con la era de las catástrofes y de convulsión social. Desde 1914, el curso del capitalismo fue de tragedia en tragedia: la guerra, los estallidos revolucionarios y fundamentalmente la crisis de la civilización representada por la barbarie del nazismo.

En esta era de destrucción masiva, los métodos salvajes (el desplazamiento forzoso de millones de personas, los refugiados, el genocidio y la más reciente modalidad de «limpieza étnica») pasaron a ser un aspecto pleno y esperado del mundo civilizado.

Hobsbawm propone dividir el siglo XX en tres etapas:

1. *Una era de catástrofes.* Desde 1914 hasta la segunda posguerra, en la que se agota y derrumba el mundo del siglo XIX, un período de cuarenta años en el que el capitalismo sobrevive a un contexto de vulnerabilidad e inestabilidad constantes.

Dos guerras mundiales, seguidas por dos brotes de revolución social; y sobre todo, por una crisis económica mundial sin precedentes que castiga hasta la economía norteamericana, la más dinámica y próspera. La Gran Depresión de 1930, que persistió durante toda la década, introdujo en las economías centrales la secuela del desempleo masivo y contribuyó a consolidar los fascismos europeos.

En Europa fueron «treinta años de guerra». Con una visión poco optimista, Hobsbawm señala la desaparición de los valores a los que aspiraba el siglo XIX. Todas las evidencias permiten cuestionar que el «corto siglo XX» haya sido una época de progreso.

2. *La era «dorada»*. Comienza en la segunda posguerra, en 1945, y se prolonga hasta 1973. Una etapa de prosperidad y de crecimiento de las economías centrales (Occidente vivió una generación de pleno empleo) y de creación de los «generosos» sistemas de bienestar y seguridad social en todos los Estados europeos. También hubo grandes transformaciones en el Tercer Mundo.
3. *Descomposición, incertidumbre y crisis*. Esta tercera etapa de derrumbe, con la desaparición de la Unión Soviética y el colapso del sistema socialista burocrático del Este europeo no significa el «fin de la historia» (tal como lo anunciara el asesor del Departamento de Estado norteamericano, Francis Fukuyama), sino apenas «el fin del siglo XX». Eric Hobsbawm considera que los efectos de la caída del Estado socialista burocrático son muy graves y duraderos, con-

dicionan el mundo de hoy y representan una auténtica fisura histórica, dando inicio a una «nueva era».

La Revolución socialista. El historiador marxista (y de la «vieja izquierda» o izquierda tradicional) aceptará como eje para entender e interpretar el curso del siglo XX la Revolución de octubre en Rusia. Y fundamentalmente el significado histórico que le atribuyeron sus contemporáneos: la «certeza» de que la Revolución socialista mundial iniciaba su marcha ascendente.

En este punto de partida, Hobsbawm no hace revisiones ni críticas; él comparte esta imagen. Pese a que la Unión Soviética estuvo lejos de representar un paraíso para los obreros, reconoce que entre los miembros de su generación la revolución bolchevique «gozó de la indulgencia general».

En Europa, la primera contienda mundial fue la partera de la Revolución.

La Revolución rusa de 1917, señala el historiador británico, es un acontecimiento crucial para la historia del «corto siglo XX» como lo fuera la Revolución Francesa de 1789 para el devenir del siglo XIX. Era una causa global. Incluso sus repercusiones fueron mucho más profundas y generales que la de 1789, pues, a partir del impulso de 1917, surgió el movimiento revolucionario de mayor alcance que ha conocido la historia moderna. Su expansión mundial no tiene antecedentes —sólo puede compararse con la del Islam—. En este sentido, Hobsbawm destaca *El Manifiesto Comunista* como el escrito político más influyente desde la publicación de la *Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano*.

Un espectro recorre el mundo. Comprometido personalmente con el movimiento comunista internacional, Hobsbawm destaca que durante el «corto siglo XX» hasta 1989, la historia mundial trata de la Revolución de octubre. Es la época histórica del desarrollo del socialismo como proyecto político.

Durante más de setenta años, todos los gobiernos occidentales y las clases gobernantes estuvieron perseguidos por el espectro de la revolución y del comunismo, que luego transmutó en miedo al poder militar de la Unión Soviética. En la primera posguerra predominó la política del «cordón sanitario para salvar al mundo...» de los bolcheviques, es decir, la idea de aislar a Rusia rodeándola de Estados anticomunistas.

Maccarthismo y control de la disidencia. Durante la llamada guerra fría, la amenaza de la expansión soviética adquirió, por obra del maccarthismo de Estados Unidos, un tono apocalíptico y toda la política internacional fue diseñada para hacer frente a la misma. La histeria de Washington, que identificó la «conspiración» con la política interna de Estado, no tuvo importancia en ningún otro gobierno de Europa. Sólo en Estados Unidos descubrieron el potencial político de la denuncia del enemigo interior, a través de la caza de brujas y el maccarthismo (la persecución de comunistas) —en realidad, de cualquier tipo de disidentes—, ideada por el senador norteamericano Joseph McCarthy (1908-1957).

El cielo por asalto y sus repercusiones. En su *Historia del siglo XX*, Hobsbawm propone un balance del impacto que el

proceso revolucionario en Rusia desencadenó para la historia de Occidente.

- Sin el hundimiento de la sociedad burguesa durante *la era de las catástrofes (1914-1945)* no habría habido Revolución bolchevique ni habría existido la Unión Soviética. Como señala Hobsbawm, la Rusia de los *soviets* permaneció inmune a la Gran Depresión de 1930; se convirtió en el centro de una economía autártica bajo la planificación estatal centralizada. Esta fórmula fue eficaz para los años treinta, mientras el mundo capitalista vivía su era de crisis y el sistema económico improvisado, al que se le dio el nombre de socialismo, podía ser considerado una alternativa viable al capitalismo.
- La repercusión más importante de la Revolución bolchevique fue haber acelerado poderosamente la modernización de países agrarios atrasados. Sus logros principales coincidieron con «la edad dorada» del capitalismo en la segunda posguerra.
- Una de las ironías del siglo XX es que el resultado —no deseado— más perdurable de la Revolución de octubre, cuyo objetivo originario era erradicar al capitalismo, fuera el haber contribuido a «apuntalar» a su enemigo acérrimo, ya que el modelo soviético de planificación económica se impuso en Occidente con el keynesianismo. El capitalismo logra sobrevivir de esta manera «heterodoxa» —violando las normas clásicas del capitalismo liberal— a la depresión, al fascismo, a la guerra y a las tres oleadas revolucionarias que sacudieron al siglo.

La era de los fascismos

La respuesta capitalista. Probablemente, sostiene Hobsbawm, el fascismo no habría alcanzado un puesto relevante en la historia universal de no haberse producido la crisis de 1930. Fue indudablemente la Gran Depresión la que fortaleció la marea del fascismo y contribuyó a que las experiencias totalitarias se consolidaran en Europa.

Hasta en las ciencias sociales, señala Hobsbawm, tuvo que pasar mucho tiempo para superar el tabú sobre los términos «depresión» y «crisis» que recordaban a esta era de las catástrofes. Los economistas prefirieron adoptar el término «recesión» para los años ochenta.

De hecho, la economía mundial pareció derrumbarse en el período de entreguerras y nadie sabía cómo podía recuperarse. Hobsbawm analiza esta crisis en el capítulo «El abismo económico» de su *Historia del siglo XX*. Pero el impacto traumático y destructivo del desempleo no llevó al descontento y al desarrollo de una nueva oleada revolucionaria (como anunciaba la Internacional Comunista) sino, por el contrario, al ascenso del fascismo.

Hobsbawm polemiza con la tesis, muy difundida por la ortodoxia marxista soviética, que define al fascismo como la «expresión del capitalismo monopolista», como instrumento del gran capital. Bajo el nazismo, el gran capital utilizó la mano de obra esclava y de los campos de exterminio. Tuvo una importante ventaja en la destrucción de los movimientos obreros, situación que garantizó a los capitalistas alemanes una respuesta

muy favorable a la Gran Depresión. Incluso en los países ocupados como Francia, estos sectores empresarios colaboraron con los alemanes, motivo por el cual algunas poderosas industrias privadas francesas, como Renault, fueron nacionalizadas en la posguerra por haber sido colaboracionistas.

Sin embargo, como observa el historiador británico, los regímenes fascistas no fueron una expresión de los intereses de la gran industria en mayor medida que el gobierno norteamericano del *New Deal*, el gobierno laborista británico o la República de Weimar.

¿Revolución fascista? Hobsbawm también polemiza con la tradición de la historia liberal, que postula la tesis de una «revolución fascista». Para Hobsbawm, el fascismo no fue un régimen radicalmente nuevo y diferente, más bien fue una manifestación del viejo régimen renovado y revitalizado. La referencia a un movimiento revolucionario era solamente retórica. Hitler retoma las doctrinas pangermanistas del antiguo Reich; exagera el viejo antimarxismo, es decir, la eliminación de la lucha de clases que la mayoría de las fuerzas políticas consideraban deseable, y propone una síntesis entre el nacionalismo y formas comunitaristas altamente jerárquicas y autoritarias. El fascismo comparte con la derecha tradicional su anticomunismo, el nacionalismo, el antiliberalismo y el antisemitismo. Tampoco es posible identificarlo con una nueva forma de organización del Estado (corporativo). Las reivindicaciones del fascismo, como movimiento de la derecha radical, no tenían nada de original ni de revolucionarias.

Además, Hobsbawm interpreta al fascismo como un fenómeno general y no como un problema especial del capitalismo italiano, bastante atrasado. También sostiene la tesis de que «la reacción fascista» del período de entreguerras fue una respuesta a la izquierda revolucionaria o a la amenaza de revolución social.

Pequeñoburgueses asustados. En este sentido, comparte la idea de que el fascismo movilizó fundamentalmente a las clases medias y medias bajas, ejerció un fuerte atractivo entre los jóvenes de estos sectores, especialmente entre los estudiantes universitarios, así como entre los ex oficiales desmovilizados de la Primera Guerra Mundial. Entre estos jóvenes se reclutaron los primeros grupos armados ultranacionalistas. Pero destaca el fracaso del fascismo italiano por implantar una hegemonía cultural y una genuina base de masas. No convirtió a los italianos, más bien mantuvo en la pasividad a amplios sectores, que se volvieron contra el régimen de Mussolini cuando intentó arrastrarlos a la Segunda Guerra Mundial. Fue, sin duda, la oposición a la guerra, señala Hobsbawm, lo que le dio al movimiento antifascista italiano su base de masas (campesinos y clase obrera) y lo lanzó a una resistencia activa.

Una historia partisana

La Resistencia. Hobsbawm sostiene que en Europa la lucha contra la Alemania nazi constituyó una guerra civil e internacional al mismo tiempo. En el interior de cada país, antes y durante la Segunda Guerra Mundial, se registró un enfren-

tamiento entre las fuerzas profascistas y los grupos de oposición antifascista, que actuaban en la clandestinidad o en el exilio.

En su *Historia del siglo XX*, particularmente en el capítulo «Contra el enemigo común», el historiador británico destaca a los movimientos europeos de Resistencia que, en el período de entreguerras, lucharon —fundamentalmente a través de la guerrilla o de la guerra irregular— contra el ascenso del fascismo y luego frente a la ocupación nazi. Hace referencia, prioritariamente, a:

—Los maquis franceses.

—Los grupos partisanos en Italia, Yugoslavia, Grecia, etc.

Destaca en ellos el considerable predominio de los militantes comunistas, que constituían su contingente más activo y decidido.

¡Viva la República! Durante la guerra civil española, cuando Hobsbawm era estudiante en Cambridge (aquí, una vez más, el historiador se siente implicado, como observador partícipe), resalta el papel que jugó la Internacional Comunista y sus Brigadas Internacionales. La organización había adoptado la «línea de unidad antifascista». España puede considerarse como «la última y tal vez la mayor empresa de un movimiento comunista genuinamente internacional». Desde París, el futuro mariscal Tito reclutaba a los brigadistas para enviar a España y el dirigente italiano Palmiro Togliatti

cumplía un papel clave de enlace con el Partido Comunista Español. Los comunistas italianos, ilegalizados y perseguidos por el régimen fascista de Benito Mussolini, estaban en el exilio. Ellos constituyeron la más numerosa y activa de todas las organizaciones antifascistas en Francia, destacándose por su intervención en la guerra civil española. Las Brigadas Garibaldi, fuerzas voluntarias italianas enviadas a España, incluyeron a los dirigentes Palmiro Togliatti, Luigi Longo y Vittorio Vidali.

Como bien señala Eric Hobsbawm, desde el punto de vista militar la Resistencia (excepto la soviética) no tuvo un papel decisivo en la caída del fascismo, pero sí tuvo, ante todo, una importancia política y moral. En Italia significó una amplia movilización: entre 1943 y 1945, el movimiento partisano armado llegó a contar entre sus filas a unos cien mil combatientes. Fue un auténtico fenómeno de masas, que se reclutaba entre la clase obrera y los campesinos; comprometió también a sus intelectuales, y permitió a Italia liberarse de la pesada herencia del fascismo en la posguerra.

Apunten contra los nazis. En Yugoslavia, Albania y Grecia las fuerzas partisanas también estaban dominadas por los comunistas. En la posguerra, los yugoslavos que lucharon contra los nazis (fundamentalmente los serbios, porque los *ustachas* croatas instalaron un régimen colaboracionista con Alemania) asumieron el poder y formaron un gobierno comunista bajo el liderazgo del mariscal Tito (Josip Broz, 1892-1980).

En Francia, los refugiados de la guerra civil española fueron el núcleo mayoritario de la resistencia armada en el sur del país. De hecho, el Partido Comunista Francés fue, durante la Resistencia, «el partido de los fusilados», aspecto que destaca el papel de los comunistas en la liberación. Por eso, Hobsbawm afirma:

Tanto la devoción de los intelectuales franceses hacia el marxismo como el dominio de la cultura italiana por personajes vinculados al Partido Comunista, que se prolongaron durante una generación, fueron un corolario de la Resistencia.

Hobsbawm no oculta su fuerte admiración por el Partido Comunista Italiano, que en 1946 contaba con casi dos millones de afiliados, como tampoco esconde su simpatía por muchos de los dirigentes y teóricos italianos —como Antonio Gramsci, prisionero durante más de diez años— que sufrieron la cárcel, la muerte o el exilio.

Su propio editor italiano, Giulio Einaudi (que participó directamente en la Resistencia), afirmaba con orgullo que todos los miembros de su casa editorial habían luchado como partisanos. Él dio a conocer al escritor Primo Levi (nacido, al igual que Hobsbawm, en 1917), judío italiano que sobrevivió de Auschwitz. Durante dos décadas, Einaudi cumplió un importante papel cultural publicando las obras de los intelectuales antifascistas (Antonio Gramsci, Italo Calvino, etc.). Tal vez, una de las paradojas del «corto siglo XX» consistió en que, en 1991, Einaudi vendiera su editorial al imperio mediático del zar de la televisión y líder de la nueva derecha europea, Silvio Berlusconi.

La guerra fría

Armamentismo y hegemonía estadounidense. Hobsbawm decide comenzar a explicar la «edad de oro» del capitalismo con un capítulo entero sobre la guerra fría: los cuarenta y cinco años transcurridos entre la explosión de las bombas atómicas en Japón y el fin de la Unión Soviética. El enfrentamiento entre las dos superpotencias (que habían sido aliadas en la Segunda Guerra Mundial) dominó por completo el escenario internacional. Este largo período de tensión comenzó formalmente con la «doctrina Truman» de «contención del comunismo» en 1947 y adquirió su retórica «apocalíptica» más del lado de los «guerreros fríos norteamericanos», para quienes el comunismo como «enemigo exterior» resultaba políticamente útil para mantener la supremacía y la hegemonía estadounidense.

Hobsbawm sostiene la tesis de que, lejos de representar un peligro, el comunismo soviético de la segunda posguerra tuvo una postura defensiva.

- La Unión Soviética no era expansionista, más bien se propuso mantener el reparto de fuerzas establecido al finalizar la Segunda Guerra Mundial, es decir, los acuerdos de Yalta entre ambas potencias. La Unión Soviética no representaba una amenaza inmediata para Occidente por la simple razón de que se encontraba en ruinas, desangrada y exhausta.
- La guerra fría contribuyó a estabilizar las relaciones internacionales, congelando situaciones conflictivas, como la

de Alemania que, durante cuarenta y seis años, permaneció dividida en dos Estados. En la práctica, al estabilizar las posiciones en Europa, ambas potencias trasladaron su rivalidad al Tercer Mundo.

- Si bien el aspecto más visible de la guerra fría fue la carrera de armamento atómico, Hobsbawm rechaza la premisa, «siempre inverosímil» y «totalmente infundada», de que el planeta era inestable y estaba al borde de estallar una guerra nuclear. Ambas superpotencias distorsionaron sus economías mediante la competencia en armamentos y los crecientes gastos militares.
- La guerra fría tuvo un escenario internacional y se manifestó en una serie de conflictos que tuvieron que dirimir las dos potencias rivales: el bloqueo soviético de Berlín, la Revolución china, la guerra de Corea, la guerra de Vietnam, la Revolución cubana, la crisis de los misiles o Afganistán; en Europa, la guerra fría estuvo simbolizada por «la cortina de hierro» y el Muro de Berlín, y en Asia, por el fracaso norteamericano en la guerra de Vietnam. La guerra fría desembarcó en América con la Revolución cubana, que significó una dura amenaza para la tradicional hegemonía norteamericana en el continente.

Guerra contra el estado del bienestar. A mediados de la década de los setenta, el mundo entró en la llamada «segunda guerra fría», que llegó a su apogeo en los años ochenta con la era Reagan. En términos reales, el poderío norteamericano continuaba siendo mayor que el soviético, pero se inició un

renovado brote de fiebre militar y retórica apocalíptica (la OTAN empezó a rearmarse). En 1986, en la cumbre de Islandia, Reagan rechazó un acuerdo con Mikhail Gorbachov, que propuso la «eliminación de las armas nucleares para el año 2000» (el presidente norteamericano se negaba a renunciar a su programa de «guerra de las galaxias»). Hobsbawm considera que la nueva guerra fría impulsada por Ronald Reagan (1980-1988) fue una reacción occidental ante el ocaso de la «edad de oro» de la economía capitalista (fin del crecimiento y la crisis del petróleo de 1973). No estuvo dirigida contra el «imperio del mal» exterior (es sabido que la Unión Soviética estaba dispuesta a desarmarse unilateralmente), sino más bien contra el recuerdo del gobierno de Franklin D. Roosevelt en el interior de la economía norteamericana: ¡su blanco privilegiado era el estado del bienestar! De este modo estaba naciendo el neoliberalismo.

Tres oleadas revolucionarias

La primera esperanza. La primera ola revolucionaria es la que inaugura en Europa la Revolución bolchevique de 1917, que dio origen al movimiento comunista internacional y abrigó la esperanza de una revolución anticapitalista mundial. Los partidos comunistas sustituyeron a la socialdemocracia como principales representantes del marxismo. Lenin esperaba un estallido en Alemania, pero el «octubre germano» no tuvo lugar y el Partido Comunista (KPD) fue diezmado por el asesinato de sus dirigentes: Rosa Luxemburg (1871-1919) y Karl Liebknecht (1871-1919).

La descolonización. La segunda oleada de la revolución social estalló en la posguerra. Fue en Asia donde se quebró el viejo sistema colonial: India, Siria, Líbano, China, Corea del sur e Indochina. En la década de los cincuenta ya nadie esperaba una revolución en Europa Occidental, más bien el futuro de la revolución se desplaza a las zonas campesinas del Tercer Mundo, fundamentalmente en aquellos países coloniales en que las potencias europeas se opusieron a una descolonización pacífica: Malasia, Kenia, Argelia y Vietnam, que adoptaron la lucha guerrillera. También en América Latina, la enorme influencia de la Revolución cubana (1959) dio lugar al surgimiento de movimientos insurgentes, como la experiencia del Che Guevara en Bolivia, el Movimiento de Liberación Nacional-Tupamaros (MLN-T) en Uruguay, el Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR) en Chile, el Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN) en Nicaragua, el Frente Farabundo Martí de Liberación Nacional (FMLN) en El Salvador, la Unión Nacional Revolucionaria Guatemalteca (UNRG) o las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia-Ejército del Pueblo (FARC-EP, *formadas antes del influjo cubano y todavía existentes*), entre muchos otros. También aparecieron otros grupos que, a diferencia de todos los anteriores, no respondían al marxismo clásico, como por ejemplo el peruano Sendero Luminoso (guerrilla indígena que, de manera heteróclita, combinaba fragmentos dispersos del pensamiento maoísta con las prácticas militares de Pol Pot en Camboya).

La tercera ola de revoluciones. Se desarrolló, desde principios de la década de los setenta, a medida que la «edad de oro» del capitalismo tocaba a su fin, coincidiendo con la crisis mundial (1974-1979). Sacudió fundamentalmente al Tercer Mundo:

- En África: con la descolonización de las colonias portuguesas de Mozambique, Angola, Guinea-Bissau y Cabo verde; el Congo belga y el surgimiento del Congreso Nacional Africano en Sudáfrica.
- En Centroamérica y en el Caribe: con la continuidad de la lucha del FSLN y su revolución triunfante en Nicaragua, junto con la pervivencia del FMLN en El Salvador. En ambos casos se produjo la peculiar aparición de sacerdotes católicos marxistas (enrolados en la «teología de la liberación»).

Esta tercera ola estuvo signada por la derrota norteamericana en Vietnam, en 1975. Esta marea de la revolución mundial desencadenó lo que se ha dado en llamar «la segunda guerra fría», durante el período del presidente norteamericano Ronald Reagan. Éste interpretaba estas revoluciones populares como parte de una ofensiva global de «la superpotencia comunista».

El «socialismo real» del «corto siglo xx»

Balance crítico de la Unión Soviética. Además de periodizar los distintos conflictos en el capitalismo de Occidente, Hobsbawm se aboca a estudiar lo que sucedía en el otro polo del mundo. A partir de ese horizonte paralelo de análisis, inves-

tiga desde una perspectiva crítica el desarrollo del socialismo soviético, cuestionando su política de modernización acelerada y forzada desde arriba.

Durante la década de los treinta, la ofensiva industrializadora impuso en Rusia grandes sacrificios a la población. Si bien la industrialización funcionó y convirtió a la Unión Soviética en una poderosa economía industrial, esto fue a costa de la explotación del campesinado, que asumió la pesada carga del proceso de acumulación primitiva socialista. Hobsbawm destaca este aspecto de la historia social, es decir:

- Cómo impactaron estas profundas transformaciones en la vida de la gente común.
- Qué significado real tuvo la revolución para ellos.

José Stalin, quien tras la muerte de Lenin presidió esta «edad de hierro», convirtió a los campesinos soviéticos en «siervos de la gleba», mano de obra reclusa (en los siniestros gulags), afectando en número entre cuatro y trece millones de personas. Como señala Hobsbawm, el fracaso de la colectivización forzosa de la tierra en cooperativas o granjas estatales fue un verdadero desastre, y con ella la Unión Soviética fue incapaz de autoabastecerse de alimentos. Esto motivó que, a partir de los años setenta, tuviera que depender del mercado mundial de cereales para cubrir una cuarta parte de sus necesidades.

Después de la muerte de Lenin. Hobsbawm considera que el balance del período estalinista en la Unión Soviética (conso-

lidad tras la muerte de Lenin) es aterrador: las purgas —eliminaciones políticas— desarrolladas entre 1934 y 1939 llevaron a que cuatro millones de miembros del partido bolchevique fueran arrestados por motivos políticos y cuatrocientos mil de ellos fueran ejecutados sin juicio previo. ¡En Rusia se eliminaba a los comunistas!

Sin embargo, aunque da cuenta y analiza esta tragedia de la posrevolución, Hobsbawm prefiere reservar el calificativo de «totalitario» exclusivamente para los regímenes fascistas. El régimen soviético de Stalin —a quien define de la siguiente manera: «Un autócrata de una crueldad y falta de escrúpulos excepcionales»— quedaría, pues, exceptuado de estos sistemas llamados «totalitarios».

Hobsbawm destaca cómo, a nivel intelectual, el marxismo quedó literalmente atrofiado entre 1930 y 1956. En el dogma soviético estalinista, cualquier teoría del arte distinta al «realismo socialista» y cualquier psicología distinta a la de Iván Pavlov (1849-1936) estaban proscritos. En esos años, Hegel fue expulsado del marxismo y recibió la increíble acusación de «filósofo reaccionario de Alemania», a pesar de haber sido la fuente directa de inspiración de Marx. Albert Einstein (1879-1955) en la física; la genética, y la totalidad de las llamadas «ciencias burguesas» —como el psicoanálisis—, despertaron suspicacias y críticas.

El Tercer Mundo

Más allá de Occidente. En la posguerra, las mayores amenazas al capitalismo británico provienen de las revueltas colo-

niales y de los movimientos de liberación colonial. Estos procesos determinaron un internacionalismo muy diferente al que el joven Hobsbawm había vivido con entusiasmo de estudiante y con la pasión de historiador (la lucha antifascista, la guerra y la Resistencia en Europa).

Como señala Hobsbawm, la historia extraoccidental se emancipó con los procesos de descolonización (el fin de los imperios). Además, las emigraciones masivas de la zona del Caribe al Reino Unido de emigrantes de color, impusieron nuevos temas al historiador, como el racismo. Los movimientos de derechos civiles en Estados Unidos y la denuncia de la tortura en Argelia, por parte de Francia, generaron campañas de protestas en Occidente que no iban dirigidas a los países comunistas de Europa del Este; por el contrario, daban cuenta de la problemática del occidente colonizador y el surgimiento del Tercer Mundo descolonizado.

En los años sesenta, el Tercer Mundo devolvió al primero la esperanza de revolución y despertó el interés por su historia, especialmente la Revolución cubana y la lucha del pueblo de Vietnam. Las nuevas campañas políticas eran entonces antinucleares, antiimperialistas y antirracistas. De este modo, abrían nuevas perspectivas para la interpretación histórica.

América Latina desde adentro. Entre 1962 y 1963, Hobsbawm recorrió América del Sur como investigador de las rebeliones campesinas, es decir, incursionando en el campo de la historia social de ese continente. En la edición española de su obra *Rebeldes primitivos*, incluyó dos estudios latinoameri-

canos: uno, sobre el movimiento campesino en Perú y, otro, sobre Colombia. En los valles de la región peruana de Cuzco, Hobsbawm investigó el sistema de haciendas de cultivos para la exportación y todo el proceso de enfrentamientos campesinos contra los abusos de los hacendados, que eran «dueños de vida y hacienda». Entre 1961 y 1963, las agitaciones campesinas en Perú impulsaron la organización de sindicatos y federaciones. Como destaca Hobsbawm, el Partido Comunista Peruano cumplió un importante papel que, a diferencia del norte mestizo —donde tenía mayor fuerza la Alianza Popular Revolucionaria Americana (APRA), fundada por Haya de La Torre—, pudo consolidarse en la región de Cuzco. En 1961 comienza el movimiento de ocupación de tierras en masa que desembocaría en la reforma agraria.

En el caso de Colombia, Hobsbawm estudió lo que se conoce como el período de «La Violencia» (con mayúsculas, dada su gravedad), un período que combina la guerra civil, las acciones guerrilleras y el bandolersimo rural. El país...

[...] estaba experimentando la mayor movilización armada de campesinos (ya sea como guerrilleros, bandoleros o grupos de autodefensa creados por el Partido Comunista) en la historia reciente del hemisferio occidental.

A partir de ese viaje, América Latina cambió su perspectiva de historiador y fue ampliamente reveladora como laboratorio del cambio histórico.

De la derrota del Mayo francés de 1968 a la era Thatcher

El Mayo francés. Los acontecimientos raramente se perciben de cerca, pero también es cierto que para un historiador profesional y comprometido en el movimiento comunista internacional, la incomprensión del movimiento del Mayo francés de 1968 es fácilmente atribuible a razones políticas.

En su primer ensayo sobre el Mayo francés de 1968, publicado al año siguiente de los sucesos (1969), Hobsbawm tuvo una visión bastante sesgada. Asumió la defensa de la actitud del Partido Comunista Francés, que en ese momento controlaba una poderosa federación de sindicatos. Destacó el «papel crucial» de este partido como una alternativa «viable» de gobierno (a través de un frente popular), caracterizándolo como la única organización que «conservó su fuerza y su serenidad», a pesar de los ataques de los gaullistas y de los revolucionarios.

Hobsbawm subestimó el impacto a largo plazo de la sacudida del Mayo francés de 1968 en el sistema político de Francia y en otros países afectados por el movimiento. Los sucesos del Mayo francés expresaron el malestar y las contradicciones de la sociedad francesa en la época gaullista, pero Hobsbawm no comprendió entonces al movimiento estudiantil (los estudiantes franceses politizados por las guerras coloniales de Francia en Argelia y Vietnam). La Bastilla simbólica del movimiento fue La Sorbona. Hasta una figura consagrada dentro de la intelectualidad francesa, como la de Jean-Paul Sartre

(1905-1980), se reunió y entrevistó con el líder Daniel Cohn-Bendit.

A diferencia de Sartre, Hobsbawm calificó a la insurrección del Mayo francés de «antipolítica»: desde su perspectiva, no tenía ningún programa político sino algunos objetivos específicos y periféricos. Su enemigo era «el sistema». Citando a Alain Touraine, otro testigo de los acontecimientos, el enemigo carece entonces de rostro. No es la explotación, que implica explotadores, sino la «alineación».

Por sí misma, la rebelión y la disidencia cultural, señala Hobsbawm, son síntomas pero no constituyen fuerzas revolucionarias. En su óptica, más bien escéptica, «las maravillosas inscripciones murales» de los estudiantes —por ejemplo, la famosa «Está prohibido prohibir»— pueden considerarse como...

[...] formas menores de literatura y teatro, marginales respecto a la corriente principal de los hechos. El movimiento estudiantil de 1968 era algo perturbador, pero no una verdadera amenaza política.

El fin del predominio de Keynes. Antes de la explosión de 1968, Occidente había vivido una «etapa dorada» del capitalismo. La misma se extendió desde 1945 hasta la crisis de 1973: la caracterizó una economía estable y liberal, con leyes de seguridad social y aumento de los salarios reales. Una generación de europeos conoció las posibilidades y ventajas del pleno empleo. En el Reino Unido, destaca Hobsbawm, la victoria de 1945 convirtió al gobierno laborista en la mayor *administración reformista del siglo*.

En la «era dorada» y de expansión económica, las políticas de John Maynard Keynes (1883-1946) funcionaron sin mayores obstáculos, fundamentalmente durante las décadas de los cincuenta y sesenta.

Durante la «próspera mediocridad de los años cincuenta», como la califica Hobsbawm, se había desterrado de Europa la idea de revolución social. Una de las razones de la «etapa dorada» de la economía era el precio del petróleo, es decir, combustible muy barato. Como también sucede con el economista marxista belga Ernest Mandel, Hobsbawm prefiere adoptar la perspectiva de análisis del economista ruso N. D. Kondratiev (una de las víctimas de Stalin). Kondratiev formuló las pautas a las que se habría ajustado el desarrollo económico desde el siglo XVIII, en una serie de «ondas largas» de cincuenta años de duración, a partir de las cuales sobrevendría una etapa descendente. En ese sentido, la «edad de oro» del siglo XX no habría sido más que otra fase del ciclo capitalista, como la anterior gran expansión de 1850 a 1873.

El Mayo francés de 1968 marca una inflexión política y cultural en la crisis de ese tipo de capitalismo. Cinco años más tarde, a partir de la crisis económica de 1973, cuando el cártel de productores de petróleo (la OPEP) aumentó el precio del crudo, la economía entró en una clásica depresión cíclica.

El credo fundamentalista del mercado libre que se impuso después, es de alguna forma un producto colateral de esta «última fase del siglo corto», es decir, de la ruptura de la llamada edad de oro keynesiana. El recientemente creado Premio Nobel de Economía respaldó al neoliberalismo al conce-

der, en 1974, el premio al economista Friedrich von Hayek y, dos años más tarde, a Milton Friedman (ambos, gurús de la ideología neoliberal). En la década de los ochenta, a partir de la ofensiva ideológica de M. Thatcher y R. Reagan, fue común la desilusión acerca de la gestión de las industrias estatales y de la Administración Pública, tanto en el Reino Unido y como en Estados Unidos.

Pero hacia el finales de siglo XX, la crisis de este (neo)liberalismo reactualizó la batalla entre keynesianos y neoliberales.

Hobsbawm frente a la Dama de Hierro. Desde la crisis de 1956 en adelante, Hobsbawm no tuvo una intervención política importante. Permaneció dentro del pequeño Partido Comunista británico, mientras publicaba artículos en su revista teórica *Marxism Today*, que mantuvo hasta finales de los setenta una activa polémica pública acerca del futuro del Partido Laborista. En la década de los ochenta, la publicación sentó posición frente al gobierno conservador de Margaret Thatcher (primera ministra entre 1979-1991), que «había declarado una verdadera guerra de clases» a los trabajadores británicos. Las transformaciones conservadoras (una verdadera revolución económica, política y cultural) amenazaron con desmantelar el estado del bienestar de la «era dorada». Además, el régimen de Thatcher provocó una aguda crisis en el Partido Laborista.

Hobsbawm atribuye el término «thatcherismo» a Stuart Hall, acuñado en un artículo que caracterizaba el clima po-

lítico británico como el «Gran espectáculo itinerante de la derecha».

La línea política que adoptó la revista *Marxism Today* frente al thatcherismo era una estrategia de acuerdo electoral entre el laborismo, los liberales y los socialdemócratas, como «voto táctico anticonservador» (el voto útil).

En sus escritos, Hobsbawm sostiene que Thatcher no representó solamente otro régimen burgués o conservador, sino una versión de los ochenta de un gobierno de la derecha radical. De ahí la necesidad de unidad para derrocarlo electoralmente. Pero esta postura le valió la hostilidad y crítica de la mayoría de los intelectuales marxistas de la Nueva Izquierda: Raymond Williams, Ralph Miliband, Perry Anderson y otras prestigiosas figuras, para quienes esta táctica representaba una traición.

La revista *Marxism Today* desapareció a finales de 1991 al mismo tiempo que... el Partido Comunista británico y la Unión Soviética.

La guerra de las Malvinas. En un artículo publicado en *Marxism Today*, Hobsbawm destaca que la guerra de 1982 proporcionó al Reino Unido una oportunidad de exhibir su arsenal, su determinación y su potencia militar. Fundamentalmente en el plano nacional, permitió al thatcherismo apoderarse de la iniciativa frente a otras fuerzas políticas y demostrar que el Reino Unido todavía era «grande», en un contexto de crisis económica, desindustrialización y desempleo masivo (tres millones de desempleados). En este sentido, fue una brillante ope-

ración política, una reacción frente a la decadencia del imperio británico. Thatcher libró su propia guerra para «hacer desfiles de victoria». Hobsbawm señala que la contienda nada tenía que ver con las propias islas Malvinas ni con el derecho a la autodeterminación, sino con la política interior británica: le dio popularidad a la primera ministra, fortaleció a la ultraderecha y al Partido Conservador. Además, la guerra sirvió para probar que es absolutamente esencial mantener una gran armada, capaz de operar en todo el planeta, y cuál es realmente la importancia de un arsenal nuclear exclusivamente británico.

La «nueva era» Blair. En la década de los noventa, el nuevo laborismo británico aceptaba los resultados lógicos y prácticos del thatcherismo y abandonaba deliberadamente la defensa de la propiedad pública, los derechos de los trabajadores y sindicatos, y la justicia social. Más que un laborismo reformado, señala Hobsbawm, Tony Blair asumía en los noventa la jefatura del partido como un político realista, que debía adaptarse a las exigencias de la teología del mercado. El historiador lo sintetizó de la siguiente manera: «Era una Thatcher con pantalones.»

La caída del socialismo

El derrumbe. «¿Cuál es el significado histórico de 1989?», se pregunta Hobsbawm. Ese año el socialismo burocrático se derrumbó en Europa Oriental (con la caída del Muro de Berlín), anticipando la caída del régimen existente en la Unión Soviética y su estructura multinacional.

El efecto principal de 1989, según Hobsbawm, es que el capitalismo y los ricos han dejado de tener miedo al campo socialista burocrático, tan extendido después de 1945. Es el final de una era en que la historia mundial trataba de la Revolución de octubre.

Analizando ese derrumbe, Hobsbawm plantea una nueva serie de hipótesis historiográficas.

El estancamiento. La ralentización (desaceleración) de la economía soviética se hizo evidente en los años ochenta, momento en que el régimen político de los países del Este europeo y de la Unión Soviética estaban cada vez más involucrados en la economía mundial (a diferencia del período de entreguerras, cuando la Unión Soviética se mantuvo inmune a la Gran Depresión de 1930). La inserción en el mercado mundial capitalista la condujo a la exportación de petróleo y a crecientes importaciones de trigo de países occidentales. Los tiempos de Brezhnev fueron denunciados por el movimiento reformista de Mijail Gorbachov (1985). Intentado una evaluación de conjunto, Hobsbawm sostiene:

—Europa Oriental era «el talón de Aquiles» del sistema soviético y Polonia, su punto más vulnerable. La mayor parte de los pueblos de Europa del Este estaban fundamentalmente despolitizados y el comunismo en general no fue internalizado por los pueblos, no entró en sus vidas. Sin embargo, ninguno de los regímenes comunistas fue derrotado y, excepto en Polonia, ninguno contaba con una fuer-

za de oposición política organizada (como el sindicato Solidaridad y la Iglesia católica polaca).

- El mundo del llamado «socialismo real» estaba construido sobre líneas nacionales (con lenguas y etnias distintas) y al colapsar la fractura se extendió inevitablemente a lo largo de aquellas líneas; es decir, hubo un «aparente» resurgimiento del nacionalismo en todas las sociedades de Europa del Este.
- Afganistán, invadida por las tropas rusas, se convirtió en «el Vietnam de la Unión Soviética», según Hobsbawm.

La posguerra fría. El final de la guerra fría, que había producido una estabilización relativa del mundo (por medio de la auto-limitación y el equilibrio impuesto por las dos superpotencias), dejó disponible un arsenal inmenso. Además, la guerra ha cambiado en un doble sentido: político y tecnológico. Hobsbawm señala que la intervención de la OTAN en la crisis de Bosnia dio la ocasión para conferirle un nuevo papel, para reconstruir su función y su sentido tras el final de la guerra fría. Un fenómeno nuevo, característico de la nueva era, surge de la relativa desintegración del poder de los Estados en algunas zonas del mundo. Esta situación resucita figuras, como la de «los señores de la guerra» o la combinación de la «guerra privada» y la guerra entre los Estados. Un ejemplo de ello es el de las corporaciones, que poseen tanta riqueza como los Estados mismos (ése es el caso de las empresas privadas que colaboran con las tropas de la OTAN). Hobsbawm interpreta que esos fenómenos conllevan una inversión de la tendencia secular a fortalecer los Estados te-

territoriales. Desde su óptica, actualmente —inicios del siglo XXI— estamos asistiendo al debilitamiento y a la desaparición efectiva de algunos Estados (Afganistán, Albania, los Balcanes, grandes regiones de África y de Asia Occidental, como los casos del Cáucaso y Chechenia, que regresaron a la guerra de clanes). Y esto se relaciona en un aspecto con la pérdida, por parte del Estado, del monopolio de la fuerza de coerción.

¿El retorno de la barbarie?

El nacionalismo en el anochecer del siglo xx. En su obra *Naciones y nacionalismo*, Eric Hobsbawm propone algunas hipótesis e interpretaciones para analizar el desmembramiento de la Unión Soviética, Yugoslavia y Europa del Este, que amplió el número de entidades soberanas reconocidas internacionalmente como «naciones». Después de la Segunda Guerra Mundial, la creación de nuevos Estados reflejaba tres factores determinantes:

1. La descolonización (tanto en África como en Asia). Hobsbawm destaca que las fronteras de estos Estados poscoloniales no tienen ningún significado nacional preexistente, sino que reproducen las zonas demarcadas arbitrariamente por la administración colonial.
2. La revolución (Yugoslavia, China, Grecia, etc.).
3. La intervención de potencias exteriores (Estados creados como producto de los acuerdos territoriales de los aliados, como por ejemplo las dos Alemanias de posguerra y el Estado de Israel).

El separatismo en Europa del Este. Hobsbawm señala que el actual brote de agitaciones separatistas y étnicas en Europa Central es propio de problemáticas del siglo XX. El nacionalismo y la etnicidad funcionarían actualmente como un «sustituto de factores de integración en una sociedad que se está desintegrando». Constituirían expresiones de una política de identidad (el anhelo de identidad de grupo). Pero es una cuestión muy diferente al nacionalismo del siglo XIX, período en que la «construcción de naciones» en la Europa desarrollada fue un factor central de la transformación histórica.

A finales del siglo XX, las «naciones» y los «nacionalismos» ya no son términos apropiados para describir la aparente explosión de separatismo político de los años noventa en Europa Central (Yugoslavia, Checoslovaquia...), donde incluso los conflictos sangrientos entre grupos étnicos son más antiguos que el programa del nacionalismo.

En Europa del Este, el separatismo tiene sus raíces entre 1918-1921, con los tratados de Versalles y de Brest-Litovsk, es decir, con la división de los imperios multinacionales (el imperio turco y el austro-húngaro de los Habsburgo), así como de la Revolución rusa.

Según Hobsbawm, tampoco la Unión Soviética se derrumbó bajo el peso de las tensiones nacionales internas; por el contrario, las causas profundas de su desintegración fueron sus dificultades económicas. Antes de Gorbachov, ninguna república soviética pensaba separarse de la Unión Soviética excepto en los Estados bálticos. Incluso la idea de repúblicas soviéticas basadas en «naciones» fue un invento teórico de los

intelectuales soviéticos más que una aspiración de los pueblos de Asia Central.

Hobsbawm afirma que el lema de la autodeterminación es actualmente un síntoma de la crisis del concepto decimonónico de «estado-nación».

De la misma manera, en Europa Occidental y en América del Norte la xenofobia que da paso al racismo es un fenómeno mucho más generalizado en los años noventa que durante los peores tiempos del fascismo.

El Estado de Israel. Hobsbawm no duda en calificar a Israel como «la pequeña nación-estado militarista, culturalmente decepcionante y políticamente agresiva», que excluye de los plenos derechos de ciudadanía a todo aquel que no sea hijo de madre judía. Creado, en 1948, como secuela de la Segunda Guerra Mundial, por entonces un millón trescientos mil palestinos, aproximadamente, fueron registrados por la ONU como refugiados. Para 1960, señala Hobsbawm en su *Historia del siglo XX*, un millón doscientos mil judíos habían emigrado a Israel. Los colonos crearon un Estado mayor al dispuesto por la partición británica del territorio y en constante expansión de sus fronteras.

La Unión Soviética había sido uno de los primeros países en reconocer al nuevo Estado de Israel; no obstante, éste se consolidaría como aliado incondicional de Estados Unidos y ejercería un poder a partir de la posesión de armas atómicas. En tanto historiador, Hobsbawm cuestiona la idea del pueblo judío como «víctima» con derechos exclusivos, o la idea se-

gún la cual constituye un pueblo «elegido» y especial. Prefiere sostener la idea de que el pueblo judío es «un pueblo en diáspora».

Hobsbawm cree que el mito histórico de la expulsión de Palestina, y el ideal de retorno, no fue concebido como un programa político sino hasta finales del siglo XIX. El descubrimiento del templo de Jerusalén, por obra de los arqueólogos nacionalistas de Israel, fue el acontecimiento utilizado para justificar no sólo la fundación del Estado, sino también la idea de capital. De manera análoga, la roca de Masada (el lugar donde novecientos judíos resistieron a los romanos hasta el fin, hasta llegar al suicidio colectivo) fue transformada en un rito nacional en el que todos los jóvenes israelíes deben tomar parte y en un lugar que recorren los turistas extranjeros.

Este tipo de reconstrucción histórica (nacionalista y patriótica) es comparable a la que realizó Grecia, cuando conquistó su independencia. Hasta entonces, Atenas no era su capital, pero fue elegida por quienes, como en el caso de Israel, tenían necesidad de remontarse a alguna gloria pasada, con pocas conexiones con la realidad histórica presente. Atenas, habitada por un 50 por 100 de albaneses, fue reconstruida con un estilo arquitectónico neoclásico y transformada en capital del nuevo Estado en Grecia.

Pesimista y escéptico. El historiador británico, en el último capítulo de su *Historia del siglo XX*, «El fin del milenio», ensaya una especie de balance, marcadamente pesimista y escéptico, que cierra su itinerario a todo lo largo del «siglo cor-

to». Hobsbawm utiliza los términos derrumbe, desorden global e impotencia para caracterizar el siglo en el que nos introdujo con la «era de las catástrofes».

Para justificar esta perspectiva, es suficiente enumerar los graves problemas que ensombrecen cualquier dato optimista:

- El fracaso del modelo soviético y del socialismo burocrático.
- El fracaso del modelo neoliberal.
- El ensanchamiento irreversible del abismo entre los países pobres y ricos del mundo.

Según advierte nuestro autor, ya nadie espera un retorno al pleno empleo, típico de la «edad de oro» de Occidente; por otro lado, se debilitaron o eliminaron por completo todos los instrumentos para gestionar los efectos sociales de los cataclismos económicos (por ejemplo, la seguridad social). En ese diagnóstico, más bien amargo, también advierte que en la política contemporánea han decaído las ideologías programáticas nacidas de las revoluciones del siglo XIX.

A contramano de las versiones ingenuamente racionalistas y triunfalistas, Hobsbawm sostiene que el siglo XX ha sido una «era de guerras religiosas», idea que permitiría entender, desde su singular óptica, las fuerzas del nacionalismo y del socialismo en tanto religiones seculares.

El sombrío futuro europeo. Respecto al futuro de la tan promocionada y celebrada Unión Europea, Hobsbawm señala que bajo ningún aspecto se fundó como una organización ver-

daderamente democrática; por el contrario, Europa tenderá a una situación comparable al Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, donde los países que verdaderamente están en condiciones de tomar las decisiones no están dispuestos a ceder su poder a favor de la mayoría. Hobsbawm pone en duda la posibilidad de reforzar los poderes del Parlamento de la Unión Europea. Además, señala que el actual proteccionismo une a los europeos frente a la competencia de Estados Unidos y a la inmigración de masas del Tercer Mundo. Pero la política agrícola comunitaria no podrá continuar una vez que los grandes países agrarios pobres de Europa del Este entren en la Unión Europea, porque el importe de las subvenciones que deberían recibir es del todo insoportable para el presupuesto de la Unión Europea. En último término, concluye Hobsbawm, lo que suceda en Europa dependerá, en especial, del entendimiento que se dé entre Alemania y Francia, las dos eternas hermanas rivales.

Habrá que afrontar las perspectivas sombrías del siglo XXI que, como él se esfuerza en destacar, comenzó con los aspectos trágicos del siglo anterior, tal como demostró el ataque terrorista a las torres gemelas de Nueva York, el 11 de septiembre de 2001. A partir de este acontecimiento, también se demostró que desde la desaparición de la Unión Soviética una sola hiperpotencia global ha decidido que su fuerza no tiene límites a corto plazo, ni tampoco lo tiene su disposición a utilizarla. Estados Unidos se declaró, de hecho, como el único protector de cierto «orden mundial» y el encargado de determinar las amenazas que pudieran surgir contra él.

Quien no acepte esta premisa puede convertirse en un enemigo potencial o real. En un miembro del religioso «eje del mal», tan religioso como el «eje del bien».

A modo de conclusión

Compromiso y toma de partido. Este recorrido a través de su obra, su biografía y las entrevistas que le han realizado nos proporciona una buena idea de su importancia como intelectual crítico y agudo. Historiador fuera de lo común, Hobsbawm se permite pensar la historia reciente a contrapelo de otros intelectuales lúcidos, políticamente correctos y «bien-pensantes», pero a fin de cuentas liberales.

Hobsbawm constituye uno de los historiadores socialistas británicos, adscriptos a la tradición humanista del marxismo, que siempre han destacado el papel del sujeto en la historia. En su concepción, la historia trata de las relaciones sociales y, como en toda sociedad de clases, éstas son invariablemente relaciones de confrontación, de lucha y de fuerza. Hobsbawm se propone rastrear cada momento de esa lucha, con sus derrotas pasajeras y la aparición de otros movimientos tendentes a la emancipación social.

Su original análisis de los siglos XIX y XX representa una mirada alternativa a la narración oficial de la historia como discurso del poder y memoria legitimada. Buceador en el terreno de la historia social, Hobsbawm inscribe sus investigaciones en la larga tradición de las luchas populares (de los trabajadores, campesinos y de los nuevos movimientos sociales). En lugar de esforzarse por construir una interpretación pre-

tendidamente imparcial y neutralmente valorativa, nos invita a tomar partido, apasionarnos y comprometernos. Ésa fue su decisión de toda la vida. El compromiso con el punto de vista de los explotados, los luchadores y todos los pueblos sometidos de la historia.

Glosario

Althusser, Louis (1918-1990). Filósofo marxista francés, nacido en Argelia, de gran prestigio en las décadas de los sesenta y setenta. Hace una lectura crítica de Marx y se vale de los aportes de la lingüística (Roman Jakobson, 1896-1982), la antropología estructural de Claude Lévi-Strauss y el psicoanálisis lacaniano.

Hobsbawm y la historiografía marxista británica cuestionan el análisis estructuralista de Althusser, su pretensión cientificista y su deserción del humanismo.

Annales. Escuela historiográfica francesa que se opuso a la historia tradicional positivista y enfatizó los procesos de «larga duración», la historia económica y social, así como «la historia de las mentalidades», según el nuevo vocabulario forjado por estos historiadores (el estudio de las representaciones colectivas, las categorías compartidas en una época determinada). Representantes de esta escuela son: Marc Bloch (1886-1944) y Lucien Febv-

re, de la primera generación de Annales y fundadores de la Revista *Annales D'histoire Economique et Sociale* en 1929; Fernand Braudel (1902-1985), perteneciente a la segunda generación, dirigió la revista desde 1956 a 1968, época en la que destacaron Pierre Vilar y Ruggiero Romano. A la tercera generación de Annales pertenecen: Jacques Le Goff, George Duby, Marc Ferro, Le Roy Ladourieg, Pierre Nora y Roger Chartier.

Bauhaus. Centro político y artístico vanguardista que trabajó en Alemania hasta 1933. Sus diseños artísticos se orientaron a los objetos de uso cotidiano: sillones, lámparas, publicidad, el diseño industrial, los impresos, la arquitectura y hasta los billetes alemanes (el marco) de 1923. Los artistas vinculados a esta escuela fueron, entre otros: el arquitecto Walter Gropius (su director), Paul Klee, Wassily Kandinsky, Lazslo Moholy-Nagy y el constructivista ruso El Lissitzky. La Bauhaus adquirió la

reputación de lo que el nazismo denominaba «bolchevismo cultural», y fue disuelta. Hitler dispersó a sus realizadores.

Braudel, Fernand (1902-1985). Perteneciente a la segunda generación de historiadores de la Escuela de los Annales. Codirector de la revista y, a partir de 1956, director de la VI Sección de la *École de Hautes Études en Sciences Sociales* de París. Su tesis sobre el mundo del Mediterráneo y su noción de distintos tiempos históricos (la larga duración, el tiempo corto y el acontecimiento) ejercieron gran influencia en la historiografía continental europea en la segunda posguerra. En Brasil, junto con Claude Lévi-Strauss, contribuyó a la creación de la Facultad de Letras de la Universidad de San Pablo.

Broz, Josip, alias Tito (1892-1980). Líder yugoslavo y uno de los organizadores del Partido Comunista de su país. Fue voluntario en la guerra civil española y líder de la Resistencia bajo la ocupación nazi en Yugoslavia. Después de la derrota alemana en la Segunda Guerra Mundial, se convirtió en primer ministro y, más tarde, en presidente de un Estado comunista.

Tuvo fuertes enfrentamientos con Stalin y, en 1948, se produjo su ruptura con la Unión Soviética hasta la reconciliación, en 1955, con Nikita Krushev, que había iniciado el proceso de desestalinización. Tito lideró también el movimiento de los Países No-Alineados.

Cartismo. Peticiones que las comunidades obreras dirigían al Parlamento durante la Revolución Industrial británica (1830-1840) y que acompañaban con huelgas y manifestaciones. Los tejedores de Manchester solicitaban un impuesto sobre los telares mecánicos para igualar las condiciones de la competencia, la limitación de horas de trabajo en las fábricas mecanizadas, el empleo de tejedores masculinos adultos (expulsados por las mujeres y niños) o un salario mínimo legal. Fue el germen del primer partido proletario en Inglaterra.

Clases subalternas. Grupos sociales subordinados a la dominación burguesa. Antonio Gramsci introduce el estudio de los grupos subalternos (las clases trabajadoras, la clase obrera y los campesinos) que en las sociedades de clases modernas sufren siempre la iniciativa

de los grupos dominantes, incluso cuando se rebelan y se levantan. Hobsbawm adopta este concepto desde sus primeros estudios sobre el campesinado en Italia y para enfocar su análisis de la protesta social, sus límites y el papel que cumplen los sectores no burgueses en las revoluciones de los siglos XIX y XX.

De Gaulle, Charles (1890-1970). General francés que participa en la Primera Guerra Mundial. En 1940, con la ocupación nazi en su país, se niega a reconocer el armisticio y se refugia en Londres, donde funda el Comité de los Franceses Libres. Entra en París en 1944, con la Liberación. Es jefe de Estado entre 1944-1946 y presidente de la V República entre 1959 y 1968.

Doctrina Truman. Doctrina que da comienzo formalmente a la guerra fría, proclamada por el presidente norteamericano Harry Truman, en 1947, sobre la necesidad de contención del comunismo en Europa.

Estalinismo. Régimen e ideología política de José Stalin en la Unión Soviética, caracterizado por la persecución ideológica, el fortalecimiento de las fuerzas de seguridad,

la ilegalización de la disidencia, las purgas y el abandono de la democracia interna en el partido bolchevique. Durante la década de los treinta, en los procesos de Moscú, los viejos dirigentes bolcheviques fueron encarcelados, deportados a campos de trabajo o ejecutados. También la cultura quedó supeditada al poder, a una versión oficial, economicista y rudimentaria del marxismo; a una doctrina artística (el realismo socialista) considerada única, y a una ciencia oficial que rechazaba las innovaciones de Occidente (la teoría de la relatividad, el psicoanálisis, la genética, etc.).

Estructuralismo. Corriente intelectual que nace en Francia con las ideas de Claude Lévi-Strauss y la influencia de la lingüística en otras disciplinas sociales (la antropología, la sociología y la historia). Introduce la noción de estructura, entendida como una totalidad que otorga sentido al funcionamiento de sus partes. Supone la construcción de un modelo abstracto de relaciones estables y articuladas (estructuradas), reguladas por leyes y combinatorias. El estructuralismo concibe a las instituciones sociales como sistemas organizados, como estructuras resistentes, cuyas re-

glas de funcionamiento tenemos que analizar. Ejemplos: la lengua y las estructuras de parentesco.

Grundrisse. Manuscritos borradores de *El Capital*, escritos por K. Marx entre 1857 y 1858 y publicados entre 1939 y 1940, en los que emprende la crítica a las categorías económicas de la economía burguesa. Los historiadores socialistas británicos incluyeron la primera traducción de los *Grundrisse* entre sus publicaciones (a través de la Pelican Library) y presentaron este texto de Marx en la *New Left Review*. Estos borradores de *El Capital* expresan el desarrollo intelectual de Marx y la incorporación de conceptos como relaciones sociales de producción, fuerza de trabajo (entendida como mercancía y diferenciada del proceso laboral), fetichismo del dinero, etc.

Historia positivista. Historia tradicional que se organiza como disciplina académica en el siglo XIX con Leopold von Ranke, centrada en los acontecimientos políticos y militares. Se trata de una concepción de la historia narrativa, descriptiva y cronológica que tiene la pretensión científica de determinar «objetivamente» los hechos históricos en ba-

se a criterios rigurosos para valorar los documentos. Con esta noción de «objetividad», tomada del modelo de las ciencias naturales, se postula la neutralidad valorativa del historiador al investigar el pasado.

Historia social. Campo de especialización académica que se desarrolla a finales de la década de los cincuenta. Incluye la historia de los pobres, de las clases bajas y sus movimientos sociales, y expresiones de protesta. En la historiografía marxista, los «historiadores sociales» se orientan al estudio de las organizaciones obreras. En el mundo anglosajón, la historia social está asociada a la historia económica, es decir, al estudio de las estructuras y las transformaciones sociales (modernización e industrialización), así como las relaciones entre clases. También se incluye en este campo la historia de las mentalidades y de las culturas populares.

Historiografía marxista británica. Corriente de historiadores socialistas que desarrollaron sus investigaciones en la segunda posguerra y en base a la teoría marxista de la historia. Durante las décadas de los cuarenta y cincuenta, se destaca una primera generación representada

por Eric Hobsbawm, Christopher Hill y Leslie Morton. Ellos cuestionaron la vieja historia heredada del siglo XIX: narrativa, acontecimental y positivista vigente en las universidades británicas (con su gusto por la erudición, la imparcialidad del historiador y su recelo hacia las teorías y filosofías de la historia). El auge de esta nueva historia y su proceso de profesionalización se expresó, además, en la innovación temática (por ejemplo, el interés por el movimiento obrero británico) y metodológica (la historia económica y social). En los años sesenta, una nueva generación de historiadores marxistas fundan la *New Left Review* (revista socialista independiente), destinada a ejercer una gran influencia en la comunidad académica y en la historiografía de la segunda mitad del siglo XX. A esta nueva izquierda pertenecen los historiadores Edward P. Thompson, Raphael Samuels, Stuart Hall y Perry Anderson.

Junto con la Escuela de los Annales, los historiadores británicos renovaron el campo historiográfico. *Annales* se interesó más por la metodología, las estructuras y la historia medieval y moderna, mientras que los historiadores socialistas lo hicieron por la teoría, las revoluciones y la historia contemporánea.

I Internacional. La Asociación Internacional de Trabajadores (AIT) fue fundada en Londres, en 1864, por Karl Marx y un grupo de emigrantes alemanes. También participaron, aunque en menor medida, militantes anarquistas. Procura fortalecer la organización de la clase obrera moderna. Esta I Internacional reunía a las delegaciones obreras en congresos anuales y tenía su sede en Londres. Se disuelve en 1872.

II Internacional. Fundada en París, en 1889, se disuelve en la Primera Guerra Mundial, después de que sus líderes terminaran apoyando la guerra y el militarismo frente a la cual su resistencia fue ineficaz. A diferencia de la primera organización que impulsó el sindicalismo socialista, ésta representó un frente común de los partidos de masas, principalmente marxistas (en esa época denominados socialdemócratas), que surgieron en todos los países de Europa en el último cuarto del siglo XIX.

III Internacional Comunista (KOMINTERN). Organización internacional, fundada por los bolcheviques —encabezados por Lenin y Trotsky— después de la Revolución de octubre (1917), que dio lugar a la

creación de partidos comunistas en toda Europa. El I Congreso se celebró en Moscú, en 1919, con la presencia de V. I. Lenin. Significó una ruptura permanente de los partidos de izquierda entre la corriente socialdemócrata y el ala revolucionaria. La Internacional, que por primera vez incorporó al socialismo la lucha de los pueblos coloniales, semicoloniales y dependientes, suscitó el rechazo inmediato y contundente de los gobiernos y de todo el espectro político burgués europeo. El KOMINTERN fue disuelto por J. Stalin, durante la Segunda Guerra Mundial (1943), a petición de los dirigentes aliados. Durante la guerra fría, siguió existiendo como movimiento comunista internacional subordinado a Moscú, y atravesó, maltrache, las crisis de 1956 y 1968.

Imperialismo. Este término, que no aparece en los escritos de Marx, fue analizado entre 1914 y 1916 por Lenin y convertido en un elemento clave del marxismo revolucionario de los movimientos comunistas y de liberación del Tercer Mundo. Lenin postula las raíces económicas —principalmente la fusión del capital bancario con el industrial, dando origen al capital financiero— y su correspondencia

con una nueva fase del capitalismo (monopolista). Es la expansión de las potencias capitalistas y la tendencia a poner bajo su dependencia política o económica a otras regiones y pueblos del planeta, bajo formas de control directo (colonias) o control informal, como protectorados y zonas de influencia.

Keynesianismo. Teoría del economista británico Jonh Maynard Keynes (1883-1946) quien, como respuesta a la influencia de la Revolución bolchevique y a los problemas de la Gran Depresión de 1930, propuso la intervención estatal en la economía oponiéndose a la doctrina liberal del *laissez-faire*. En 1936 publicó su obra *Teoría general del empleo, el interés y el dinero*. La crisis de 1929 demostró que la visión optimista sobre el capitalismo autorregulado por los mecanismos de mercado correspondía a una etapa inicial de la economía. Hacia finales del siglo XIX, la concentración y los monopolios hicieron de la libre competencia un mito. En el desarrollo del capitalismo maduro, «la mano invisible» o los mecanismos de mercado ya no funcionaban automáticamente. El aporte de Keynes consistió, entonces, en proponer nuevos mecanis-

mos, reactivando la producción y el consumo a través del gasto público. El Estado debía intervenir para estabilizar la economía y el nivel de empleo, neutralizando toda oposición radical al capitalismo.

Larga duración. Concepto utilizado por el historiador francés Fernand Braudel para indicar que no existe un tiempo social único, sino distintos ritmos y velocidades de la historia. Al tiempo breve de la crónica política de los acontecimientos, opone esta idea de la «larga duración», que da cuenta de una historia estructural, casi inmóvil, una geohistoria que privilegia las continuidades. El medio geográfico o las estructuras sociales se relacionan con la larga duración porque imponen límites de los cuales los hombres y sus experiencias no pueden librarse. Braudel también ha calificado a las mentalidades como «cárceles de larga duración». La noción de estructura, tomada por Braudel de Lévi-Strauss, se relaciona con la larga duración, es decir, con la organización y las relaciones sociales fijas (estructuras resistentes) que el tiempo no desgasta.

Neocolonialismo. Término utilizado, a partir de la segunda pos-

guerra y la descomposición de los imperios coloniales, para indicar la dominación y dependencia de otros pueblos (ya no como colonias típicas, sino a través del control económico y financiero) y de organizaciones internacionales (como el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial).

Nueva Izquierda. Corriente política y cultural que surge en la década de los sesenta como alternativa frente al estalinismo y la izquierda tradicional. En el caso del Reino Unido, se adoptó este nombre para la historiográfica marxista y para su publicación, en la que destacaron figuras como Raymond Williams, Stuart Hall, Edward P. Thompson, Perry Anderson, Tom Nairn y Robin Blackburn (la mayoría de ellos, historiadores que publicaron sus estudios y ensayos en *New Left Review*).

Owen, Robert (1771-1858). Socialista utópico británico. Impulsó los orígenes del cooperativismo.

Pacto de Munich. Producto de la política de apaciguar a Hitler, firmado en 1938 entre los gobiernos de Alemania, Francia y Reino Unido. Concedía a la Alemania nazi el territorio de los Sudetes (región

checoslovaca), en tanto que las potencias garantizaban el resto de Checoslovaquia, que cedía esta zona y así se evitaba una nueva guerra.

Paine, Thomas (1737-1809). Revolucionario británico que defendió la Revolución Francesa y fue acusado de alta traición, en Inglaterra, por su publicación *Los derechos del hombre*.

Política de apaciguamiento. Política de negociación que, tanto Francia como el Reino Unido, emprendieron en la década de los treinta con la renacida Alemania de Adolf Hitler, haciendo concesiones al creciente poderío alemán para mantener la paz en Europa.

Taylorismo. Su iniciador fue Frederick Wilson Taylor. Demostró que el principal obstáculo a la acumulación del capital era la resistencia obrera a intensificar su trabajo en la fábrica. La presión sobre los beneficios en el período de la depresión de 1873, impulsó a Taylor a desarrollar métodos de control del proceso productivo (por ejemplo, introduciendo el cronómetro dentro de la fábrica) y sacar mayor rendimiento a los trabajadores, exigiendo de manera precisa

en qué debe desarrollarse el trabajo (secuencia de movimientos) y el ritmo óptimo para reducir los «tiempos muertos» o improductivos en la fábrica.

Thatcher, Margaret. Política conservadora británica, educada en la Universidad de Oxford. En 1975 fue designada líder del Partido Conservador y, en 1979, se convirtió en la primera mujer que accedía al cargo de primera ministra. Conocida como la Dama de Hierro, fue reelegida para las legislaturas de 1983 y 1987, ejerciendo una política de choque, neoliberal y en contra de la clase trabajadora. Según Hobsbawm, expresó la política radical de la derecha.

Tradiciones inventadas. Noción que introduce Hobsbawm para comprender las prácticas de naturaleza ritual que simbolizan la cohesión social o pertenencia a comunidades reales o artificiales, fundamentalmente en el marco de los Estados modernos. Estas legitiman instituciones, relaciones de autoridad, inculcan valores o convenciones, destruyen o diluyen identidades de clase y las reconstruyen en función de la hegemonía política de los sectores de poder.

Bibliografía de Eric Hobsbawm

- Trabajadores. Estudios de historia de la clase obrera*, Barcelona, Crítica, 1979.
- El mundo del trabajo*, Barcelona, Crítica, 1987.
- Industria e imperio. Una historia económica de Gran Bretaña desde 1750*, Barcelona, Ariel, 1987.
- Rebeldes primitivos. Estudio sobre las formas arcaicas de los movimientos sociales en los siglos XIX y XX*, Barcelona, Ariel, 1983.
- Bandidos*, Barcelona, Crítica, 1998.
- Revolución industrial y revuelta agraria*, El Capitán Swing, 1978.
- Marxismo e historia social*, México, Tebeka, 1983.
- Naciones y nacionalismo desde 1780*, Barcelona, Crítica, 1992.
- La invención de la tradición* (con Terence RANGER), Barcelona, Crítica, 2002.
- Gente poco corriente. Resistencia, rebelión y jazz*, Barcelona, Crítica, 1999.
- Los ecos de La Marsellesa*, Barcelona, Crítica, 1990.
- La era de la revolución, 1789-1848*, Barcelona, Crítica, 1998.
- La era del capital, 1848-1875*, Barcelona, Crítica, 1998.
- La era del imperio, 1875-1914*, Barcelona, Crítica, 1998.
- Historia del siglo XX*, Barcelona, Crítica, 1995.
- Sobre la historia*, Barcelona, Crítica, 1998.
- Revolucionarios*, Barcelona, Crítica, 2000.
- ERIC HOBSBAWM, *Años interesantes. Una vida en el siglo XX*, Barcelona, Crítica, 2002.
- ERIC HOBSBAWM, *Entrevista sobre el siglo XXI*, Barcelona, Crítica, 2000.
- Política para una izquierda racional*, Barcelona, Crítica, 2000.
- ERIC HOBSBAWM, Michael LOWY y R. ROSSANDA, *El Manifiesto comunista, su actualidad*, Buenos Aires, Tesis Once, 2003.

«Fuera de las cenizas», en *Después de la caída. El fracaso del comunismo y el futuro del socialismo*, compilado por Robin BLACKBURN, Barcelona, Crítica, 1993.

«Adiós a todo eso», en *Después de la caída, op. cit.*.

Eric Hobsbawm en Internet

La bibliografía de Eric Hobsbawm y sobre Hobsbawm en Internet es muy extensa, pues incluye reproducciones de algunos de sus artículos, entrevistas, críticas bibliográficas y comentarios o debates en torno a su obra.

Sugerimos introducimos en el buscador Google.

En este buscador aparecen, en enero del 2004, 38.600 sitios con información sobre Hobsbawm.

Lo mismo puede hacerse en el buscador Altavista.

Para no perderse en esa masa incommensurable de información, sugerimos comenzar a navegar por las siguientes direcciones:

En este sitio, perteneciente a la célebre revista de la Nueva Izquierda británica, hoy reconocida en todo el mundo académico, se pueden encontrar diversos materiales clásicos del propio Hobsbawm y también de otros historiadores —algunos más jóvenes que él, como Perry Anderson— pertenecientes a la historiografía británica.

En esta dirección electrónica se pueden consultar entrevistas donde Hobsbawm expresa, en un modo sencillo y accesible a los lectores que no son necesariamente historiadores, algunas de sus principales tesis políticas y también recuerdos autobiográficos sobre sus experiencias a lo largo del siglo xx.

Aquí se pueden bajar algunos de sus libros más famosos de forma gratuita.

MARISA GALLEGO es historiadora e investigadora. Egresada de la carrera de historia de la Facultad de Filosofía y Letras —Universidad de Buenos Aires (UBA)—, actualmente es docente de la Universidad Popular Madres de Plaza de Mayo (UPMPM).

Trabajó en la investigación de la obra colectiva *Grandes protagonistas de la historia argentina*, colección dirigida por Félix Luna. Como parte de esa colección historiográfica, es autora de las biografías *Domingo Faustino Sarmiento* (1999) y *Juan Bautista Alberdi* (1999). Además, organizó el volumen, del cual participó como coautora, *Luchar siempre. Las marchas de la Resistencia. 1981-2001*, editado por las Madres de Plaza de Mayo (2002). Editó y redactó el libro de entrevistas con el doctor Pablo Rispo, *Memoria de una existencia vulnerada* (2003). También es coautora de los libros pedagógicos *Historia mundial contemporánea* (2000) e *Historia Latinoamericana en el contexto mundial* (2004).

Otros títulos publicados en esta serie:

- Naomi Klein y el fin de las marcas (*Judith Gociol*)
- Toni Negri y los desafíos de Imperio (*Néstor Kohan*)
- Georges Bataille y el erotismo (*Oswaldo Baigorria*)
- Edgar Morin y el pensamiento complejo (*Miguel Grinberg*)
- Noam Chomsky y el control del pensamiento (*Gabriela Roffinelli*)
- Pierre Bordieu y el capital simbólico (*Cecilia Flachsland*)
- Harold Bloom y el canon literario (*Carlos Gamero*)
- John Rawls y la justicia distributiva (*Pablo de Silveira*)
- Paul Virilio y los límites de la velocidad (*Santiago Rial Ungaro*)
- Julia Kristeva y la gramática de la subjetividad (*Diana París*)
- Stephen Hawking y el destino del universo (*Rubén H. Ríos*)
- Cornelius Castoriadis y el imaginario radical (*Nerio Tello*)
- Buda y las religiones sin Dios (*Oswaldo Baigorria*)
- Immanuel Wallerstein y la crisis del Estado-nación (*Patricia Agosto*)
- Susan Sontag y oficio de pensar (*Verónica Abdala*)
- Almodóvar y kitsch español (*Carlos Polimeni*)
- Nietzsche y la vigencia del nihilismo (*Rubén H. Ríos*)
- John Berger y los modos de mirar (*Marcos Mayer*)
- Samir Amin y la mundialización del capital (*Gabriela Roffinelli*)
- Norman Holland y la articulación literatura/psicoanálisis (*Diana París*)
- Vladimir Nabokov y las lecciones de literatura (*Ariel Dillon*)
- Ken Wilber y la psicología integral (*Miguel Grinberg*)
- Tzvetan Todorov y el discurso fantástico (*Silvina Muscolo*)

El historiador británico **Eric J. Hobsbawm** (1917) es uno de los más reconocidos analistas del siglo xx en todo el mundo. Su obra combina la agudeza de sus grandes hipótesis con un estilo literario ágil y sencillo, que seduce rápidamente al lector. Sus textos reflejan su vasta experiencia de vida. Conoció de primera mano el nazismo en Alemania y recorrió el mundo como historiador radical comprometido con su propio tiempo.

Entre sus numerosos libros, caben destacar *Industria e imperio*, *Rebeldes primitivos*, *Bandidos*, *Naciones y nacionalismo desde 1780*, *Los ecos de La Marsellesa*, *La era de la revolución*, *La era del capital*, *La era del imperio*, *Historia del siglo xx*, *Revolucionarios*, *Trabajadores y Años interesantes*. *Una vida en el siglo xx*.



Eric Hobsbawm es hoy uno de los historiadores críticos más leídos, de mayor prestigio y gran reconocimiento internacional. Como investigador, su gran tema es la **historia social** y, como analista, su tiempo es la Edad Moderna o Contemporánea. Entre sus obras, caben destacar *Historia del siglo xix*, publicada en tres volúmenes o eras (La era de la revolución, La era del capital y La era del imperio), e *Historia del siglo xx*, publicada en 1994, que se convirtió en best-seller mundial y lo consagró como un historiador imprescindible de nuestro tiempo.

Original y creativo, Hobsbawm propone un **balance político de las dos últimas centurias**, que denomina, respectivamente, el «largo siglo xix» y el «corto siglo xx». Su punto de vista no está desprovisto de pasión.

Este texto de la historiadora Marisa Gallego nos introduce en el mundo cultural de Hobsbawm: en sus debates, sus obsesiones y sus principales innovaciones temáticas.